



23<sup>o</sup> Concurso Nacional de  
Cuento Preuniversitario

JUAN RULFO

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



23° Concurso Nacional  
de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo



23° Concurso Nacional  
de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

23° Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.  
Prol. Paseo de la Reforma 880  
Col. Lomas de Santa Fe  
Ciudad de México  
01219  
publica@ibero.mx

Primera edición: 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción hecha sin consentimiento del editor se considerará ilícita. El infractor se hará acreedor a las sanciones establecidas en las leyes sobre la materia. Si desea reproducir contenido de la presente obra escriba a: publica@ibero.mx, en el asunto anote el título de la obra y deje el contenido en blanco.

Hecho en México.

# Índice

Presentación	
<i>Luis Felipe Canudas Orezza Ugalde</i>	9
Ya nunca te sentirás sola	
<i>Paula Sofía Cortés Cabello</i>	13
El último minuto	
<i>David Aarón Barrientos Melo</i>	23
Mosca blanca	
<i>Fernanda Álvarez del Castillo Roux</i>	37
En mi jardín	
<i>María Ruiz Mejía</i>	43
Una sombra particular	
<i>Ximena González Cerón</i>	53
Renacimientos	
<i>Nantzin Fernández Hernández</i>	63
Florero	
<i>Lorena Fernanda Delgado Correa</i>	75

Umbra	
<i>Mabelle Frías Díaz</i>	85
Akuali	
<i>Carlos Gael Escobarete Ávila</i>	101
La Pluma	
<i>Telma Delajara D'urso</i>	107



# Presentación

Estimados lectores y amantes de la literatura:

Nos complace presentarles esta antología de cuentos, resultado del 23° Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo, una selección que reúne las obras ganadoras y las siete menciones honoríficas de nuestro prestigioso certamen literario, que ya es toda una tradición en el mundo de las letras en México.

Desde su creación en el año 2000, este concurso ha sido una plataforma donde jóvenes escritores de secundarias y preparatorias de todo el país han tenido la oportunidad de compartir sus historias, demostrando su talento y creatividad. A lo largo de 23 ediciones, hemos sido testigos de cómo el certamen ha crecido y se ha consolidado como un referente en el ámbito cultural, y esta antología es prueba de ello.

Esta edición especial de la antología recopila los cuentos que se han distinguido por su calidad literaria, originalidad y capacidad para capturar la imaginación de los lectores. Cada relato refleja la riqueza y diversidad de las voces que conforman nuestro concurso, y juntos,

componen un mosaico de emociones, visiones y estilos que hacen de esta antología una lectura fascinante.

El Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo es organizado por el Departamento de Letras de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, en conjunto con la Coordinación de Admisión y la Fundación Juan Rulfo. Estas instituciones, se han dado a la tarea de convocar, recibir, revisar y otorgar los reconocimientos correspondientes, año tras año.

En el Departamento de Letras, tenemos muy claro que es mediante la lectura que una obra de arte literaria adquiere sentido, ya que la lectura es la actividad reveladora y transformadora por excelencia. Los cuentos de esta antología presentan temáticas diversas y tonalidades múltiples que nos aproximan a las preocupaciones actuales de los jóvenes y las formas creativas en que se aproximan y crean su entorno.

Este año, el primer lugar lo ganó Paula Sofía Cortés Cabello con su cuento “Ya nunca te sentirás sola”, en donde nos narra la historia de cómo un espejo viejo y deteriorado revela lo siniestro y terrorífico de la soledad. El segundo lugar fue para David Aarón Barrientos Melo con su cuento “El último minuto”, en donde nos cuenta el fin del mundo desde el horizonte de un preso apodado “El Chango”. El tercer lugar lo ganó el cuento “Mosca blanca”, en donde Fernanda Álvarez del Castillo Roux nos brinda, a través de una mirada casi inocente, una historia cotidiana que termina siendo totalmente terrorífica y escalofriante.

Queremos agradecer a cada uno de los ganadores, a sus familias por impulsarlos, a sus colegios por alentar-

los, a nuestros jurados por su arduo trabajo de selección y a la Fundación Juan Rulfo por más de veinte años de colaboración en este importante proyecto.

Esperamos que esta antología de cuentos del 23° Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo sea una fuente de inspiración y disfrute para los lectores, y una prueba más de la vitalidad y riqueza del arte de contar historias entre los jóvenes creadores de nuestro país. Estos tejedores incansables de palabras, estoy seguro, dejarán en los lectores un excelente sabor de boca, al sumergirnos en su imaginación creadora, sensibilidad y mirada crítica.

¡Feliz lectura y enhorabuena a todos los participantes y colaboradores en este concurso!

Luis Felipe Canudas Orezza Ugalde



# Ya nunca te sentirás sola

*Paula Sofía Cortés Cabello*

Habían pasado ya varios años desde la última vez que había entrado en la antigua casa de la bisabuela, de hecho, en aquella ocasión, ella aún la habitaba. Poco después la internaron en un asilo, ya no podía cuidar de sí misma y comenzaba a desvariar acerca de niños que le hablaban y le pedían dulces, jóvenes que la invitaban a bailar, y otras cosas. Supuse que serían recuerdos de su juventud, pero ahora ella estaba muerta.

Tan solo con atravesar el umbral de la reja sentí un escalofrío recorrer mi espalda y me invadió una extraña sensación que creía haber experimentado antes. No lograba recordar la razón ni el momento, pero me era curiosamente familiar. No le di mucha importancia y me adentré en el amplio patio de la casa, que era solamente un rectángulo de losas y cemento en cuyo centro se extendía una jardinera con árboles frutales, ahora bastante crecidos y retorcidos. Mi papá siempre hablaba de cómo en su infancia solía subirse a la barda para bajar higos dulces que comía con deleite, pero me costaba un poco imaginar dicha escena, cuando lo único que veía a mi alrededor era la más desoladora decadencia, y apenas me encontraba en el exterior de la casa.

Nada más fallecer mi abuela, todos sus hijos habían corrido a reclamar herencia como si los persiguiese el

mismísimo demonio, luego nadie había vuelto a pararse ahí. La familia verdaderamente había vaciado la casa, pocas cosas habían quedado intactas después de eso.

Empecé a recorrer el interior del edificio, al pasar por la cocina me pareció que el tiempo se hubiese detenido en el momento en que mi bisabuela se había ido de la casa. Servilletas en la mesa, platos limpios junto al fregadero, especias en frascos a medias, como si ella tan solo hubiese salido a dar un paseo y dejado todo listo para volver. Llegué a la empolvada sala, repleta de fotos, libros y recuerdos, con paredes agrietadas y despintadas, los cuadros a punto de caer. Nada ahí era muy sobresaliente, tan solo el enorme pesar que me producía ver el deplorable estado en el que todo se encontraba.

Finalmente decidí entrar en la habitación de mi bisabuela y la visión me dejó perpleja. Era la rapiña en su máxima expresión, únicamente quedaba un viejo armario con objetos personales, algunas imágenes religiosas de aspecto un tanto tétrico por el paso de los años, un tocador con perfumes opacos y amarillentos y un antiguo espejo, enmohecido y lleno de manchas negras que no dejaban ver mucho en su superficie, pero bellamente enmarcado en latón.

El espejo había estado ahí desde siempre, igual de deteriorado. Me parece que incluso mi bisabuela lo había recibido en ese estado, su padre se lo había regalado después de comprarlo por nada en un mercado, parecía ser muy fino y costoso, pero el vendedor pedía una cantidad ridículamente baja e incluso ofrecía rebajarlo cuanto fuese necesario. Mi tatarabuelo lo creyó loco y se fue satisfecho a casa con el espejo para su hija.

Había algo que me maravillaba y me desconcertaba en aquel misterioso objeto, no podía descifrar qué era, pero al mirarlo por un buen rato creí ver cosas que no estaban allí en realidad. Tal vez fuese el efecto producido por lo opaco del cristal y mi mente jugando con los recuerdos que tenía del lugar; sin embargo, no podía evitar una sensación de inquietud que desde niña siempre me había asaltado al pasar frente a ese mismo espejo, entonces lo reconocí. Era lo mismo que había sentido al entrar en el patio. Estos pensamientos me tenían hipnotizada mientras observaba mi turbio reflejo, cuando repentinamente percibí un olor que no había notado antes. Más que un olor, era un hedor penetrante y putrefacto, no podía identificarlo. Definitivamente no era comida en descomposición, alguien la habría descubierto antes, tampoco provenía de los perfumes frente a mí. Era una nube de aire fétido que parecía haber salido de la nada. Busqué con la mirada la procedencia del tufo, recorrí toda la habitación sin éxito alguno y, cuando me cansé de registrar el lugar, mis ojos volvieron a posarse en la sucia superficie del espejo. Por un instante me pareció distinguir el reflejo de otra persona a mis espaldas, podría jurar que acababa de ver a mi bisabuela detrás de mí. Me volví hacia atrás en busca de la figura que había producido el reflejo, tal vez sería mi hermana, Marisa, caminando por la casa y mi mente gastándome bromas pesadas, pero mi corazón se detuvo por un instante al darme cuenta de que me encontraba totalmente sola.

Con la sangre helada, salí en busca de mi papá, estaba en la sala y también buscaba la fuente del repugnante hedor. Finalmente y con gran trabajo movimos el pesado

mueble del comedor, y entre cristales rotos y fotos penosamente caídas en el olvido lo hallamos: en el rincón más apartado yacía el cadáver de un desdichado gato, frío y tieso, con un rictus de sufrimiento dibujado en el rostro; la imagen era escalofriante. No podía encontrar la lógica en lo que sucedía, para mí sonaba bastante razonable que el olor a muerte me hubiese sugerido imágenes extrañas. Me tranquilicé, me convencí de que no había manera en que yo hubiese visto lo que yo creía.

Tras encargarnos del desagradable inconveniente, nos dimos cuenta de que ya era hora de irse, devolvimos todo a su lugar y decidí dar una última ojeada a la casa.

Nuevamente me encontraba frente al espejo, mirándolo con melancolía. Me parecía precioso, una posesión realmente valiosa, cuánto pesar me causaba imaginarlo abandonado, acumulando capas de polvo día con día en la vieja y desolada casa. Esa tarde tomé una decisión, muy trivial a mis ojos, nada tenía de especial llevar el antiguo espejo de la bisabuela a mi casa. Cómo desearía jamás haberlo hecho.

Ya instalado junto a mi cama, limpié cuidadosamente el maravilloso espejo, aunque no pude hacer mucho por las manchas negras que opacaban toda su superficie. De nuevo se produjo en mí un surreal efecto magnético, no podía apartar la mirada, era como si quisiera mirar mi reflejo por horas. Observaba y observaba cada detalle de mi rostro, cada ángulo de mis facciones. Sin darme cuenta pasó una hora, no podía creerlo, mi percepción del tiempo parecía haber desaparecido. Aún ensimismada, salí de mi habitación para reunirme con mis papás y mi hermana para cenar.



Esa noche, toda la conversación giró en torno a lo lastimoso que había sido ver la casa en tal deterioro, nos sentíamos sobrecogidos por la anécdota del gato bajo el mueble. Aún pensaba en lo que había visto en la habitación de mi abuela. A pesar de que creía haber encontrado una explicación bastante razonable, algo dentro de mí me susurraba que ni mi imaginación, ni mis ojos me habían engañado. Mis padres hablaban acerca de lo que haría la familia con esa casa, mi mamá opinaba y mi papá descartaba sus ideas en un interminable ciclo. Mientras tanto, yo comía sumida en mis pensamientos, pero sentía una intensa mirada posada sobre mí. Así pasaron minutos que parecieron horas, hasta que no pude aguantar más y levanté los ojos que se cruzaron con los de mi hermana, que me observaba sin parpadear desde el otro lado de la mesa. No podía descifrar lo que significaba esto, pues su rostro era totalmente inexpresivo, pero parecía atravesar mi alma.

Antes de dormir, le pregunté por qué me había mirado de esa forma durante la cena. Ella sencillamente evadió la pregunta. Me contó acerca de lo sola que se sentía la bisabuela; en vida, ella siempre hablaba con mi hermana, no sé por qué tenían una relación tan cercana. Supuse entonces que en alguna de sus visitas a la anciana le habría dicho que sufría soledad en el lugar donde vivía, posiblemente eso hubiese sido antes de ir al asilo.

Los días avanzaban y yo pasaba largas horas frente al espejo, en realidad ni siquiera yo sabía por qué lo hacía, cada vez que lo miraba era como un imán que me atraía con fuerza. A veces, mi hermana me descubría examinando mi reflejo, solo entonces la veía sonreír perversamente.

Por otro lado, no sabía qué me estaba ocurriendo, de tanto ver mi propia imagen ya la conocía mejor que nunca. Profundas ojeras se dibujaban bajo mis ojos, notaba mis pómulos ligeramente más prominentes que antes; mis labios, antaño voluptuosos y rosados, eran ahora una marchita línea en mi rostro.

Mi hermana siempre había sido un poco peculiar, pero desde la visita a la casa de la bisabuela su conducta se había tornado, sobre todo conmigo, particularmente inquietante. La manera en que me había mirado días atrás, su estremecedora y sombría sonrisa al descubrirme frente al espejo, cómo parecía seguirme a todas partes, justo como mi sombra, me turbaba, pero nada tanto como encontrarla hablando sola frente a mi espejo una noche. Escuché un ruido en mi habitación, como un murmullo, después una apagada risa. Abrí la puerta lenta y cautelosamente, procurando acallar el ruido de las bisagras, y a través de un resquicio la vi. Ahí estaba ella de pie frente al espejo, casi acariciando su superficie, susurrando palabras sin sentido, mirándolo con el mismo fuego siniestro en los ojos con el que había atravesado mi alma aquella otra vez. Me esfumé antes de que notase mi presencia. Tan solo pensar en ella me hacía estremecerme, pero de igual manera comencé a preguntarme por qué actuaba así y qué le estaría haciendo daño. Esta no era su forma de ser.

A partir de aquel día cerré la puerta de mi habitación de manera que solamente yo tenía acceso a ella. Para mi sorpresa, la condición de mi hermana mejoró de manera sustancial; su mirada volvió a suavizarse, su voz volvió a ser escuchada en la casa, de nuevo hablaba conmigo.

Creo que el espejo le traía demasiados recuerdos, añoraba los días en que podía hablar con la bisabuela y probablemente la visita a la casa y el espejo la habían alterado profundamente. Ya podía volver a dormir tranquila. Sin embargo, mi rostro aún evidenciaba el pavor que me habían infundido las últimas semanas, me miraba al espejo y éste reflejaba mi demacrado semblante.

Una mañana, un calambre en los pies me sacó abruptamente de mi profundo sueño, entreabrí los ojos para intentar darme una idea de la hora. Era muy temprano aún, ni un rayo de luz se colaba por las rendijas de la persiana. Noté el frío en el ambiente, era demasiado, tanto que me había causado esos calambres. Era el presagio de un invierno gélido que apenas comenzaba. Tomé los calcetines que había dejado al pie de mi cama, intenté abrigar mis pies con ellos y volví a acurrucarme entre las sábanas heladas.

Desperté un par de horas más tarde, el frío seguía calándome los huesos y la habitación estaba bastante oscura por las persianas, pero ya podía ver luz a través de una minúscula porción de ventana. Entre bostezos me acomodé boca arriba y me quedé absorta contemplando el techo. Esperé escuchar el rumor de los sartenes en la cocina y mi mamá preparando el desayuno, pero el sonido nunca llegó. Tal vez estuviese exhausta y hubiese decidido descansar un poco más. Seguí esperando, pero todo estaba en silencio. Medio adormilada me levanté y me dirigí con pasos torpes hacia el espejo antes de salir del cuarto a investigar la razón de la inusual quietud. Ya frente al cristal, no podía dar crédito a lo que mis sentidos percibían, seguro que me engañaba. Debía seguir

dormida, me froté los ojos enérgicamente y me golpeé levemente la cara tratando de salir de aquella visión, pero la imagen no cambiaba. Lo único que mi cuerpo logró hacer fue correr en busca de la puerta, soltando alaridos desgarradores. Infinita fue mi desesperación al notar que no podía ir más allá de lo que la luz alcanzaba. Las esquinas de la habitación eran espacios oscuros sin salida, no había a dónde ir. Regresé a mirar la endemoniada imagen que tan profundo pavor me había causado segundos atrás esperando que ya no estuviese ahí y se hubiese tratado de una infame imaginación, pero no fue así. Me encontraba atrapada y viviendo una pesadilla. Deseaba que alguien escuchara mi atormentado y lacerante llanto y acudiera en mi auxilio.

Al otro lado del espejo había una habitación idéntica a la mía, todo era una réplica perfecta, excepto por una cosa. En la cama yacía un cuerpo, mi cuerpo, el cual no mostraba señal alguna de vida. Lo que había allí no era más que una carcasa sin alma, era yo; más bien, ya no lo era.

De repente, algo cambió en la macabra escena que tenía frente a mí. De aquel lado del vidrio se abrió la puerta de par en par y, a contraluz, vislumbré una silueta. Se adentró en la habitación y se acercó al espejo sin siquiera inmutarse al ver mi frío cadáver. Empezó a hablar con una voz suave y siniestra, sus ojos tenían esa expresión perversa y diabólica, ¿acaso podía verme? Un escalofrío recorrió mi columna y de pronto sentí unos dedos helados posarse sobre mi hombro. Paralizada de pánico, me volví para descubrir a mis espaldas una espeluznante aparición, era mi bisabuela mirando a mi hermana que la

llamaba desde afuera. Detrás de ella había niños desconocidos y jóvenes pálidos como papel, entonces todo lo que mi bisabuela decía no era producto de la demencia. Sin que yo pudiese controlarlo, empezaron a rodar lágrimas por mis mejillas. Las siguientes palabras que salieron de la boca de Marisa fueron como un martillazo en mi corazón, seguido de una punzada del más desenfrenado pavor que hubiese sentido jamás: “Ya nunca te sentirás sola”. Vino a mi mente esa conversación que había tenido con ella la noche que todo había iniciado.

Rompí en llanto una vez más, lamentando cada una de mis decisiones posteriores a la visita a esa casa maldita.

Creo que mis padres jamás lo entendieron, ni lo entenderán. No he vuelto a ver a mi hermana. Nunca entra en mi oscura habitación. A veces mi mamá me mira con ojos tristes, aunque tal vez ni siquiera sepa que a quien mira es a mí, posiblemente tampoco sepa que la observo; de vez en cuando derrama una lágrima al tiempo que yo hago lo mismo. Siempre estoy aquí detrás, añorando ese mundo que no se limitaba a lo que el espejo alcanzaba a reflejar. Mi única compañía posa a veces sus dedos fríos sobre mi hombro, mi hermana le había dado la sola cosa que deseaba, una compañera.



# El último minuto

*David Aarón Barrientos Melo*

## **21:40, el día en el que les avisaron**

La marea de tonos beige se agrupaba en el patio del reclusorio, donde un coro desentonado de palabras altisonantes chocaba contra los muros de concreto y se desvanecía sin dirigirse a alguien en particular. La confusión estaba contenida en las palabras que los presentes expulsaban, ya que, unos cuantos minutos atrás, como por intervención divina, todos cesaron sus actividades y se dirigieron al exterior en contra de su voluntad; se aferraban a las rejas, paredes y cuanta cosa pudiera servirles para resistirse a las exigencias de sus músculos, pero todo fue en vano. Las manos, en complicidad con los pies, se soltaban y emprendían la marcha hacia su destino.

El respaldo de la silla rezaba “Coca-Cola” con un rojo apagado, una capa de mugre y polvo había opacado el original color blanco del pedazo de plástico en el que se encontraba El Chango, quien, como muchos otros, había tomado asiento sin consentir ninguno de los movimientos que le precedieron a dicha acción, pero forcejeaba inútilmente para levantarse y marcharse de aquel sitio. Las

patas de la silla se movían de un lado a otro como una torre de Jenga a la que se le quita una pieza de apoyo y, en silencio, exhibían que en cualquier momento podían sucumbir ante el movimiento brusco de su ocupante, el cual estaba tan enfrascado en lo suyo que ignoraba por completo lo inestable del lugar donde se encontraba.

El haber perdido el control sobre su cuerpo, lo único de lo que aún era realmente dueño, hizo que el pánico llegara a él; su rostro enrojeció y aumentó su temperatura, seguía moviéndose de un lado a otro, agitaba los puños al aire, pataleaba pero no podía levantarse, al borde del sofoco, separó sus labios, tensó sus cuerdas vocales con la intención de gritar, pero ningún sonido provino de él ni de nadie más. El patio repentinamente se había quedado en silencio, las bocas se movían de arriba hacia abajo recreando letras que no podían hacerse escuchar y, a través de los ojos, lo que antes era una sensación de no comprender lo que pasaba, se había convertido en ira, la cual fue prontamente erradicada. Los cuerpos se volvieron envases vacíos que detuvieron todo pensamiento, emoción y movimiento cuando, procedente del manto estrellado que los acogía, todos los astros fueron opacados para dar paso a un rayo de luz que cegó temporalmente a los presentes. Seguían vivos, lo descubrieron cuando escucharon la calma convertida en voz. “Mis preciadas creaciones”, se escuchó. “Tras meditarlo arduamente, he tomado la decisión de acabar con la humanidad. Concluí que ustedes ya no son relevantes para mí, su mera existencia me da pereza. Pero tranquilos, será una muerte rápida e indolora, ni siquiera sabrán qué ocurrió. Tienen hasta mañana a las 21 horas con 44 minutos y 44 segundos



para redimirse, buscar perdón o hacer todo lo que no pudieron hacer. Tengan bonita noche. ¡Amén!”. Se produjo un estruendo, los edificios se tambalearon y la radiante luz se extinguió. Tras ello, paz.

Cuando volvió en sí, se encontraba en el suelo sobre unas piezas grises de plástico, le dolía la espalda baja, estaba algo mareado. Alzó la cabeza y miró hacia las estrellas, centelleaban sutilmente en el vasto cielo oscuro. El Chango pensó en todas aquellas lucecitas que morían, pensó también en los señores barbudos con bata que probablemente llevaban registro de todo eso; igual supo que después de mañana ya a nadie le importaría cuando una de esas muriera. Un sentimiento de paz y soledad lo agobió, y por primera vez en toda su vida, se sintió como una estrella.

### **9:03, la mañana del día en el que todos van a morir**

La noche anterior la humanidad entera había sido golpeada por un contundente golpe de fatalidad y mortalidad, era cuestión de horas para que todo lo que habían logrado construir cayera en un parpadeo por los caprichos de alguien a quien quizás habían venerado erróneamente. La economía mundial colapsó, las monedas se transformaron en pesos muertos, los billetes eran ahora los retratos de personas que la patria consideraba héroes, y las tarjetas de crédito no eran más que números grabados en un rectángulo de plástico.

En la oscuridad de una de las habitaciones de la cárcel, el pequeño y viejo televisor descansaba sobre un escritorio de madera, un halo de luz salía de él e iluminaba

tenuemente el cuarto; los oídos del guardia, el cual ahora se encontraba dormido en una incómoda posición con los pies al lado de la televisión, escuchaban pero no procesaban la información del noticiero: “A la mierda to...”, una mediocre recepción hacía que las palabras se cortaran y la imagen se distorsionara hasta volverse un cúmulo de píxeles amorfos, “Yo quería ser pint... Desperdiciado mi vida... Este es nuestro último progra... Martínez deseándole una bonita madru... Hasta nunca”, posteriormente, ruido blanco fruto de un corte en la señal. No muy lejos de esta sala, un cuerpo yacía sobre un pedazo de concreto, mantenía los ojos cerrados y su pecho se elevaba y contraía en un movimiento sereno procedente de una mente atormentada que ahora podía dormir tranquila. Era El Chango, quien había aceptado su destino de perecer detrás de unos barrotes, y mantenía una sonrisa boba; le parecía un castigo justo a sus actos, le agradecía al creador por una crucifixión rápida, un cese a la carga de su pesada cruz, y es así, como en un momento tan crítico para la humanidad, él hallaba el perdón que nadie más podía concederle.

Su regocijo terminó por la mañana, los despertaron alrededor de las 8 y les habían concedido la libertad, no era un acto de bondad, sino una indisposición del cuerpo de seguridad a cumplir con sus responsabilidades, sinceramente no tenían ganas de pasar sus últimas horas de vida en compañía de personas a las que trataban y miraban con desdén, como basura. El Chango impuso resistencia cuando la paz y el perdón que una deidad le había otorgado indirectamente estaban siendo arrebatados por un montón de policías a los que ni siquiera recordaba.

“Déjenme aquí, se los ruego, dejen que me pudra dentro de estas cuatro paredes, dejen que las ratas aprovechen mi carne y que mi espíritu maldiga este lugar”, al final la cantidad se impuso sobre la voluntad de un solo hombre.

El sol golpeaba su rostro, descansaba una de sus mejillas sobre la banqueta, le ardía pero ni siquiera se inmutaba. La camisa blanca y el pantalón beige se habían cubierto rápidamente de la mugre de las calles, de la cual él se sentía parte. Cuando su piel ya se había acostumbrado al dolor se levantó de la banqueta apoyándose en ambas manos y empezó a caminar por las vacías calles de la ciudad, las mismas que había pisado en algún momento cuando chico, con su madre envolviendo su mano y la de su hermano. No podía pensar en ellos, no se sentía digno de mantenerlos siquiera en su mente, no se sentía digno de ser de su misma sangre, de portar el nombre que ella le había dado al nacer. Despejó su mente y supo hacia dónde dirigirse.

### **13:25, cuando entró y nadie lo detuvo**

Antes de detenerse donde quería, hizo una parada rápida en uno de esos grandes almacenes que vendían aparatos electrónicos de toda índole. La tienda, que en algún momento gozó de un flujo de gente enorme, ahora era una ciudad fantasma, únicamente habitada por el recuerdo de la actividad humana. Contrario a lo que se pudiera pensar, no la habían saqueado, pero sí que habían roto todas las vitrinas que daban al exterior, así como la puerta de cristal que tenía la función de proveer a la gente una entrada y una salida. Estaba de pie frente a un aparador,

su cuerpo no se movía, era presa de una marea de minúsculos tic tac que no parecían tener fin. Sus ojos danzaban al ritmo de un extraño compás mecánico orquestado por los relojes que reposaban sobre las paredes y bajo sus ojos, la vitrina que hace poco había hecho añicos con una piedra que había encontrado fuera del establecimiento. En un momento dado, su mirada terminó el baile de forma abrupta y centró su atención en un reloj digital de pantalla cuadrada decorado con botones a su alrededor, dirigió sus manos, las cuales le obedecían nuevamente a él y cogió el aparato, acto seguido se apropió de este y empezó a jugarlo un poco. “21 menos 13 nos da...”, los dedos de sus manos se movieron en el aire mientras eran usados como una primitiva herramienta de cálculo, obtuvo la respuesta que buscaba y su nueva adquisición empezó a emitir un bip cada que presionaba uno de los botones del costado; terminó de configurarlo y en la pantalla se mostró lo siguiente: “8:18:44”, los números parpadeaban en un verde un tanto apagado. Alzó la mirada y dio media vuelta para salir por donde había entrado. En cualquier otra ocasión el personal de seguridad se hubiese abalanzado sobre él pretendiendo cortar el paso, pero ahora nadie lo hizo, ese día todos morían y ya nada tenía valor, ni siquiera el tiempo.

### **14:28, cuando llegó a donde quiso**

Gotas de sudor lo envolvían, lo cubrían de pies a cabeza adornando con disgusto su ahora brillante piel morena. El sol no se había mostrado generoso en su andar, había depositado su ira sobre un simple hombre que caminaba

con lentitud acogido por sus brasas. Nunca apresuró el paso ni pretendió esconderse bajo la sombra, era parte de su castigo, su penitencia. El edificio se mostraba imponente en la plaza central, situada como muchas, a un costado del ayuntamiento; su fachada había sido vandalizada la noche anterior, la gente había plasmado su ira a través de dos frases colocadas en las paredes contiguas a la enorme puerta de madera, que en un rojo vívido mostraban: “Tuve hambre y me quitaste el pan, tuve sed y me escupiste en el agua, fui forastero y me cerraste la puerta”, “estuve desnudo y te reíste de mí, estuve enfermo y no me visitaste, te dediqué toda mi vida y me la arrebataste”; las frases le provocaron un escalofrío que pronto olvidó, caminó hacia la entrada y golpeó la pequeña puerta de madera que había cruzado muchas veces durante su infancia, esta chirrió un poco e iluminó lentamente el interior del recinto.

La cerró tras de sí y sus pasos prevalecieron en el espacio, siendo prolongados por un eco que, acompañado por la escasa luz que ingresaba a través de los vitrales, le daba al lugar un aspecto tétrico y fúnebre. “Los ángeles han abandonado este lugar” pensó para sus adentros. Observó a lo lejos unas siluetas que alzaban las manos, mientras que otras se movían de un lado a otro dejando en evidencia el nerviosismo en sus mentes; los sujetos no se percataron del intruso hasta que una de las bancas produjo un estruendo terrible provocado por la colisión de un cuerpo distraído que caminaba sin prestar mucha atención. “¿Quién carajo dejó la puerta abierta?”, “Yo le dije al hermano Salazar que la cerrara”, “No me echas la culpa a mí, pendejo. Nunca me dijiste eso”. La discusión

se vio interrumpida por un acento cantadito proveniente de una voz que parecía haberse estancado en la adolescencia, pues sencillamente no encajaba con las características físicas de su locutor; “Disculpen, ando buscando al padre Esparza. ¿No sabrán si anda *porai*?” , un hombre de pelo canoso asomó su rostro de entre los presentes, bajó de la plataforma en la que se encontraba y se puso frente a El Chango; no lo veía desde hace tiempo pero era similar a como lo recordaba, tenía esos lentes de armazón negro que se ajustaban a su cuadrado rostro, el cansancio en su cara era visible, las arrugas empezaban a hacer acto de presencia en la comisura de los labios, en el contorno de sus ojos y, sin embargo, aún mantenía esa postura erguida que manifestaba una gran confianza en sí mismo, sus creencias y en lo que predicaba. El padre Esparza lo observó con detenimiento, entrecerraba los ojos analizando el rostro de la persona que lo buscaba, finalmente dio en el clavo y, como si hubiese ganado la lotería, preguntó si era hijo de su madre, a lo que él asintió. Lo que inicialmente tenía la intención de ser un apretón de manos se convirtió en un abrazo, ahí fue cuando El Chango reparó en que el padre tenía un extraño sombrero en forma de semicírculo con una estrella de seis puntas en la cima y, cuando los cuerpos se separaron, él preguntó: “¿Qué *trai* usted ahí en la cabeza, padre?” , se retiró el gorro con las manos mientras exclamaba: “¡Ah, es un kipá!” , los ojos del expresidiario dieron a entender su confusión, su pregunta no era solo para saber *qué* era dicha prenda, sino también para saber *por qué* la tenía puesta; el sacerdote rio y continuó hablando: “Supongo ya sabes que todos moriremos hoy, ¿no? Bueno, pues todos los... Uh, ¿cómo

decirlo, expertos de la materia? Bueno, eso. Todos los expertos religiosos del pueblo nos reunimos aquí para discutir lo que vimos, a Dios”, esbozó una sonrisa propia de alguien que perdía la cabeza y continuó, “Hemos estado debatiendo desde la mañana sobre cuál de todas nuestras interpretaciones de Él ha sido la correcta, sobre qué reglas hemos seguido mal y, ¡ja, ja, ja!, pues parece que va ganando el Dios judío”, no rio para expresar alegría, sino preocupación. Buscó a su oyente con la mirada y cuando se encontraron, prosiguió: “Y bueno, pues eso, llegas justo cuando me estaba convirtiendo. ¡Oh, yo muero hoy pero vivo para siempre, sí que sí, ja, ja! En fin... ¿Qué puedo hacer por ti?”. Se hizo un silencio incómodo. Cuando terminó de digerir lo que acababa de escuchar, miró con disgusto al hombre, sentía ganas de escupirle en la cara, de convertir sus manos en puños y teñir el suelo con su sangre; físicamente era la persona que recordaba, pero por dentro se había roto. Todo lo que llegó a escuchar de él cuando chico le pareció pura mierda, había pasado de alguien respetable a un charlatán en cuestión de segundos. Había acudido a él en busca de perdón divino, si la existencia no quería castigarlo, entonces alguien iba a tener que sanar sus heridas y hacerlo un hombre nuevo. Entre todo el caos que eran sus sentimientos en ese instante, solo se limitó a insultarlo: “Usted está pendejo, pinche maricón. Me da asco”, después se marchó del lugar con el ceño fruncido. Azotó la puerta de madera a como pudo, empezó a caminar bajo el sol pero reparó en que tenía ganas de orinar, se bajó los pantalones y el líquido amarillento abandonó su cuerpo para nunca regresar; mientras excretaba, volvió a leer las frases que

habían pintarrajeado la noche pasada y se percató que habían omitido la que hablaba de visitar a un preso. Terminó, se subió el pantalón y se sentó.

Estuvo un buen rato así recargándose sobre una de las paredes mientras pensaba en lo que haría ahora, ¿quién podría perdonarlo si en quien confiaba para hacerlo lo necesitaba más que él? La respuesta cruzó su mente y se sintió nauseabundo, se convenció de que era el olor de su orina lo que lo hacía sentir de tal forma pero en el fondo sabía que no era así, la cárcel lo había acostumbrado a esa peste. Observó el temporizador de su reloj, observó la quietud del parque, los árboles danzando con el viento, las hojas dejándose llevar por la calurosa brisa del lugar y reparó en que nunca había visto tal lugar en tal silencio; se levantó y continuó caminando hacia donde pensó nunca regresaría.

### **19:30, cuando las cortinas se movieron**

La ciudad se había oscurecido. Se encontraba parado bajo un poste de luz que tenía muchos bichos revoloteando debajo de él, chocaban contra su rostro y continuaban su vuelo de forma ininterrumpida hasta que nuevamente se topaban con aquella criatura que se encontraba a la cima de la cadena alimenticia. Había estado dando vueltas por toda la ciudad, rara vez se cruzó con alguien, y cuando ocurrió, ninguna de las partes tuvo intención de dirigirle la palabra a la otra, optando por seguir inmiscuidos en sus asuntos personales; había estado en el supermercado buscando comida, sació su estómago a base de manzanas y barras de chocolate. Su sed fue complacida a punta de



una Coca y una cerveza, la cual dejó a la mitad porque prefirió no llegar oliendo a alcohol.

Finalmente se encontraba frente al que en algún momento había sido su hogar, la pared del exterior estaba pálida, dejaba ver al mundo todas las capas de pintura que en algún momento había exhibido con alegría. El listón negro que reposaba sobre el marco de la puerta le revolvió por dentro, era el motivo por el cual sentía todas sus entrañas contraerse y la razón por la que sus piernas se negaban a caminar hacia allá. Era una casa que contaba solo con una ventana, la puerta y un primitivo segundo piso que jamás había pasado de obra negra, los recuerdos de su niñez acudieron a él y pronto fueron destrozados por el aura fúnebre que emitía aquel sitio donde siempre tuvo un techo, una cama, un plato de comida caliente pero que él había corrompido, le había escupido en la cara a su madre y el esfuerzo que puso en él. Nunca lo visitó, no acudió al juzgado cuando lo declararon culpable, nunca lo llamó, nunca le envió nada y tampoco la estaba culpando. Él le había arrebatado un pedazo de su carne, sangre de su sangre, había puesto el último clavo sobre el ataúd de la otra mano que cogía con firmeza mientras caminaban a la iglesia y se arrepentía hasta la médula. Se sintió egoísta por acudir a ella hasta ahora, la humanidad abandonó su cuerpo y ahora la habitaba un monstruo que solo buscaba consuelo, un castigo, una redención, lo que sea, pero quería descansar ya. Era un cobarde.

Caminó atravesando la agrietada calle, con cada pisada levantaba capas de polvo que eran visibles bajo la fría luz del deficiente alumbrado público; se paró frente

a la puerta negra de metal, alzó la diestra que formaba un puño y golpeó tres veces. Silencio.

Volvió a levantar su mano para golpear la puerta, pero nuevamente no obtuvo respuesta. Su rostro empezaba a elevar su temperatura, su boca temblaba, el corazón se había vuelto el de un atleta, sus ojos eran bombas de tiempo que no tardarían en estallar. Repitió sus acciones pasadas de las cuales, como antes, no había obtenido nada. Su rostro cedió, los explosivos se detonaron y formaron cascadas en aquella cara permanentemente seria, permanentemente inexpresiva; dejó de tocar la puerta y comenzó a aporrearla con ambas manos, sus puños eran pistones, su rostro una nueva atracción turística y sus palabras fueron los aullidos de un corazón roto. “Madrecita mía, por favor, ábreme. Por favor, soy tu hijito amado, por favor. No quiero morir sin haberte visto por última vez, sin darte un último abrazo, un último beso. No soy un mal hijo, por favor...”. El Chango era una vasija que se había hecho añicos, lloraba en el suelo mientras seguía golpeando la puerta con cada vez menos fuerzas. No iba a salir, ni siquiera sabía si estaba. Mil y un pensamientos negativos navegaron por su cabeza, insultos hacia su progenitora, hacia sí mismo, hacia Dios, hacia todo; se acurrucó sobre la desgastada pared y lloró hasta que gastó todas las lágrimas de una vida.

Estaba de pie nuevamente bajo el halo de luz al otro extremo de su casa. Observaba a la distancia un recuerdo que conservaría únicamente unas cuantas horas más para después girar y marcharse. Pero en ello divisó con el rabillo del ojo que las cortinas amarillentas que ocultaban el interior de la morada se movieron rápidamente,

sintió el impulso de correr, golpear la puerta y pedirle clemencia a su progenitora, en arrodillarse de ser necesario. La cobardía lideró su cuerpo y lo obligó a darle la espalda, continuó el paso mientras su mente se convencía de que quizá había sido el aire, o tal vez una broma que le jugaba su visión. Cualquier cosa menos su madre.

### **21:42, el minuto**

Se había arrepentido de no haberse llevado un paquete de cervezas cuando pudo. Trató irrumpir en un expendio pero no tenía la fuerza suficiente como para partir barrotes de metal de una manera sencilla, por lo que prescindió de ello. Contemplaba el cielo estrellado acostado sobre una banqueta en la que un señalamiento indicaba que era una parada de autobús, su temporizador indicaba que faltaban solo dos minutos para el fatídico momento y su mente empezó a divagar. Repasó los momentos clave de su vida, aquellos donde había podido ser feliz pese a las carencias y aquellos que lo habían llevado a ser la persona que era en ese momento. Un expresidiario, un hijo, un simple muchacho. Pensó en su madre, encerrada en cuatro paredes de una tumba en la que aún no moría; este pensamiento le hizo atravesar un mar de emociones; por una parte, rompió en llanto al pensar que ni en el último día del mundo ella había sido capaz de perdonarle; por otro lado, se alegró que siguiera viva (o eso quería pensar) y al final empezó a reír como un loco. Eso era, ¡claro!, ¿cómo pudo haber sido tan idiota? “Este es mi castigo. Dios no aventó plagas sobre mi cuerpo, solo me condenó a la inquietud e infelicidad eterna. ¡Es un genio,

aleluya, aleluya!”. Alzó las manos al aire mientras reía. El temporizador marcaba un minuto restante. El Chango escondió las manos bajo su nuca utilizándolas como almohada, se tranquilizó y contempló el cielo. La brisa jugueteó con su corto cabello mientras movía igual las mangas de su antes playera blanca, apreció el sonido de los insectos, el revolotear de minúsculos aleteos, el cantar de los grillos y en todo eso, cerró los ojos esperando por lo que fuera a suceder.

Se extrañó cuando el reloj empezó a emitir un *bip, bip* a modo de alarma, el tiempo se había acabado, pero él aún seguía ahí. La desesperación entró por la puerta grande, “Ay, mierda. ¡¿Qué, qué?!”, las manos dejaron de serle un soporte a su cabeza, se incorporó y empezó a picar los costados del reloj. “Putra madre, ¿es este el cielo, acaso no morí? Putra madre”. El tiempo se mostró en pantalla: “21:43:44”. Se había comido un minuto completo al hacer mal la resta. Se sentó en la banqueta, apoyó su cabeza entre sus manos y soltó sus últimas palabras: “Pendejo”.

# Mosca blanca

*Fernanda Álvarez del Castillo Roux*

Todo empezó cuando vio la plaga en las plantas de su casa.

Su madre sembró varias semillas al inicio del año, deseaba tener una pequeña hortaliza con la cual poder hacer salsas y ensaladas. Todo el año cuidó sus plantas con mucho cariño y gentileza, las regaba al atardecer, les ponía nutrientes, cáscaras de huevo y plátano para que crecieran sanas, les hablaba, aunque uno de sus hijos creyera que estaba loca. Para medio año el chile que había cultivado ya daba los suficientes para hacer salsas y cocinarlos con las comidas.

Sin embargo, a mediados de ese mes algo extraño le empezó a pasar a la hortaliza de su madre. Las hojas de las plantas empezaban a estar decaídas, como si estuvieran demasiado pesadas para los tallos que se doblaban hasta casi llegar al suelo, pero sin romperse. Las hojas caían con todo y tallo al suelo, marchitas, amarillentas. Lo más preocupante era que toda la planta estaba repleta de pequeñas moscas blancas, no serían más grandes que una mota de polvo, por eso a ella le costó tanto tiempo darse cuenta de que eran insectos. Su mamá observó la planta y se dio cuenta de que en la parte trasera de

la hoja había pequeños huevecillos blancos que se habían pegado.

— Esto es lo que la está matando —le dijo su madre un día, cuando ella se acercó—. Pegan sus huevos en las hojas, impidiendo que le dé la luz del sol, las plantas no pueden alimentarse y mueren.

Mientras las observaban varias moscas volaron cerca de ella, parándose en sus manos y en sus ojos, intento alejarlas, incluso retrocedió al sentirlas caminar.

En los días siguientes se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en las plantas, de que su mente volvía una y otra vez a sus tallos marchitos, a los pequeños huevos viscosos que cada día parecían multiplicarse, con su color lechoso infestando a las plantas, ya no solo era el chile, toda la hortaliza estaba enferma. Caminar cerca del balcón le recordaba a caminar cerca de un bote de basura, sin embargo, no podía evitarlo. Se sentaba con la ventana del balcón cerrada y observaba a las plantas morir, las moscas parecían enojadas, daban círculos furiosos alrededor de las hojas, se golpeaban contra la ventana como si exigieran más cosas que devorar, pero ella no las dejaba entrar, se sentía como si tuviera poder, como si tener la ventana cerrada demostrara que ella evitaba que la muerte llegara al resto de la casa. La infección se quedaría solo en la hortaliza que su madre, tras muchos intentos de salvarla, dejó podrir.

Un día, cuando estaba desayunando, observó una de sus manos, la noche anterior lo notó, pero decidió no darle mucha importancia, ahora no podía ignorarlo. Era como una pequeña superficie circular, no más grande que una migaja, la tocó, pensando que sería un grano, a ella le

solían salir cuando estaba nerviosa y esa semana tendría exámenes, tras examinarlo un poco decidió que era un grano, fue al baño, se puso crema y no pensó en eso en todo el día. En la noche, al volverse a colocar crema notó que ya no había solo uno, era al menos una decena de ellos, extrañada se acercó a su madre para mostrárselo, pero ella no notó nada.

A lo largo de las semanas los granos se expandieron, ya no estaban solo en su mano, llenaban su brazo e incluso empezaban a tomar posesión del pecho, no importaba cuánta crema se pusiera. Empezó a preocuparse en serio, lo que más le preocupaba era que nadie más pareciera notarlo, por lo que era imposible ir con el médico para que le diera una pastilla como la vez anterior. Los granos empezaron a sentirse blandos y a tornarse blancos bajo su piel, todo alrededor de ellos era viscoso, como pegamento a punto de secarse, y hacían incomodo incluso agarrar un lápiz. Los granos se expandieron hasta su rostro, primero sus mejillas, luego sus labios, con su pegamento hacían imposible abrir la boca. Ella ya no salía de su habitación, se quedaba sentada al borde de su cama inspeccionando las bolas blancas que la cubrían, incapaz de comer, de hablar, intentó quitarlas de su boca, raspando, despegándolas con sus dedos, pero nada servía, solo sangraba al intentar.

Sus padres, preocupados por ella, intentaban que saliera de su habitación, ella era incapaz de explicarles qué le sucedía, no podían ver las bolas que la invadían. Así que una noche, para no preocuparlos más y en un nuevo intento de que vieran lo que ella, bajó a cenar, camino al comedor se topó con la hortaliza muerta de su madre

donde los huevos abiertos de las moscas seguían pegados a las hojas podridas y café, ya no había ningún insecto, era un cementerio olvidado. Se acercó a la ventana, viendo a las plantas muertas, recordando cuando se sentaba a ver su lenta muerte y las moscas pegaban contra el vidrio. Apoyó la mano contra la ventana, pensando que tal vez ya podría abrirlo, notó que una de las bolas de su mano empezaba a moverse, primero como un suave latido, después como un cosquilleo hasta que sintió dolor y observó cómo la bola se quebraba, rompiendo su piel y de ella salía una pequeña mosca blanca que volaba hasta su cara, y se posaba en sus ojos. Simultáneamente el resto de los huevos empezaron a explotar, haciéndola sangrar, y las moscas se juntaron en sus ojos, en su nariz, en sus orejas e incluso en su boca sellada por el pegamento.

Quiso gritar, solo salió un gemido ronco, intentó apartarse a las moscas que, al igual que habían hecho con las plantas, intentaban consumirla, escuchaba su furibundo zumbido, sentía sus alas e incluso le pareció sentir cómo se la iban tragando poco a poco. Era un dolor insoportable, sus piernas empezaban a doblarse, a sentirse secas, sus brazos temblaban, estaba cubierta de sangre, casi no podía ver por las alas blancas que se acumulaban en sus pestañas y los huevos seguían explotando.

De alguna manera supo lo que había intentado negar todas esas semanas donde lentamente iba consumiéndose por culpa de los huevos. Supo que solo era cuestión de tiempo para que muriera por completo, se arrepintió de haber observado con tanta tranquilidad el sufrimiento de las plantas.



Abrió la ventana del balcón, temblorosa e incapaz de ver, se estaba dejando llevar. Sentía cómo no solo rompían ya su piel, sino que llegaban hasta su estómago, saliendo e intentando romperla para llegar a la libertad. Temió que esos mismos huevos estuvieran en su corazón e intentaran salir.

Sintió el aire frío de la noche y a muchas moscas arrastradas por el viento apartarse de su frente. Supo que tenía que morir antes de dejar que ellas la consumieran como lo habían hecho con las plantas, que terminara como un cadáver podrido y olvidado junto a la ventana del balcón. Así que saltó mientras sentía cómo las últimas moscas rompían su corazón.

No se dio cuenta de eso, ya estaba muriendo para ese instante, pero mientras caía sus brazos se fueron secando como los tallos de las plantas, marchitándose hasta que solo quedaba la piel forrando el hueso, no solo sus brazos, sus piernas, su pecho, su estómago, todo estaba quedándose como una hoja seca de otoño.

Para el momento en el que azotó contra el suelo, solo se escuchó el romper de sus huesos, no había sangre, las moscas se lo llevaron todo con ellas, dejando solo un cadáver marchito, listo para crujir con el viento o cuando un transeúnte apurado pasara sobre ella.



# En mi jardín

*María Ruiz Mejía*

El jardín de mi casa es el lugar más bonito en todo el mundo. ¡De verdad que sí! Todas mis amigas están de acuerdo que es precioso, menos Andrea, ella dice que su mamá le enseñó fotos de unos jardines de Pekín que eran más bonitos que el mío, pero Andrea es una envidiosa de todos modos, y estoy segura de que quien quiera que sea Pekín estaría de acuerdo que mi jardín es el mejor. Hasta mi papi lo dice, y eso que él es la persona más lista que existe, así que, si él dice que nuestro jardín es el más bonito del mundo entero, es porque lo es. Mi jardín es bien grande, con muchos sitios para jugar a las escondidas, algunos arbustos con formas de animales y sobre todo flores en todas partes.

Cuando yo aún era una niña, me pasaba todo el día en el jardín, ahí jugando entre miles de flores diferentes, todas ellas bonitas con olores deliciosos, porque mi papi siempre consigue lo mejor de lo mejor. Ahora ya puedo ir al jardín yo solita, pero antes siempre tenía que ir al jardín con la señora Tere, porque aunque mi mami siempre se la pasa diciéndole a sus amigas y a los invitados lo “magnífico” que es y lo caras y “exóticas” que son las flores,

casi nunca va al jardín, y además no le gusta mucho que yo vaya, dice que puedo arruinarlo si no tengo cuidado.

Para que el jardín siempre se vea así de bonito y el pasto esté siempre bien cortado, tiene que venir a cuidarlo un señor que se llama Don Javier, pero a veces le dicen Jardinero. Don Javier es un hombre bien alto con la piel café y el pelo negro, que siempre tiene cara de malhumorado y además huele horrible, como a perro mojado. Lo bueno de que venga Don Javier (además de que deja el jardín muy bonito), es que siempre viene con su hija Lupita.

A Lupita la conocí hace un año, antes de empezar la primaria. Lupita casi siempre ayuda a su papi a cuidar del jardín, y siempre la veo regando las flores o quitando plantas feas. Lupita tiene más o menos mi edad, pero en vez de ir a la escuela se queda todo el día ayudando a su papi con el jardín. ¡Qué suerte tiene! Yo apenas veo a mi papi un ratito al día, porque llega justo antes de mi hora de dormir. Lupita me dijo que su mamá limpiaba la casa y hacía la comida mientras su papá trabajaba, y que se la llevaba a ella al jardín para que fuera útil. Lupita es un poco mensa. ¡Ni siquiera se sabe el abecedario! De verdad que es injusto, yo que soy bien lista tengo que ir a aburrirme en la escuela, aunque no la necesito, mientras que Lupita puede quedarse todo el santo día en el jardín con su papi cuando ni siquiera puede escribir su nombre.

A pesar de todo, Lupita me cae muy bien. Siempre dice cosas bonitas de mí, de mi ropa y del jardín, y además escucha todo lo que le digo. A mi mami no le gusta que hable con Lupita, no sé por qué. Ella siempre me dice que busque amigas que sean más como yo. Eso si está

raro, porque, aunque Lupita sea medio burra sigue siendo una niña, como yo. ¡Pero bueno! A veces mi mami dice cosas raras. De todos modos, siempre veo a Lupita en secreto, mi mami nunca va al jardín, así que jamás se da cuenta, y es divertido hablar con Lupita, porque ella siempre está de acuerdo conmigo. Como el otro día que me enojé con Andrea porque dijo que ya estaba harta de que hablara todo el día de mi jardín.

Llegué muy enojada a la casa, hasta me supo feo el espagueti con albóndigas que preparó la señora Tere. Quería hablar con alguien, pero mi mami estaba ocupada viendo la tele, mi papi trabaja todo el día y la señora Tere ahora se dedicaba más a hacer la limpieza que a cuidarme, así que no me iba a hacer mucho caso. Entonces acabando de comer me fui directito a buscar a Lupita al jardín, y ahí la encontré, sacando unas hierbas debajo de un arbusto de flores amarillas. Pero había algo raro, Lupita tenía el brazo izquierdo lleno de moretones, y yo le quería preguntar sobre eso, aunque como dice mi papi, “primero lo primero”, así que le conté a Lupita todo lo que pasó con la pesada de Andrea.

— ¿Puedes creerlo, Lupita? ¿Por qué alguien se hartaría de mi tan exótico jardín?

— No lo sé. Es muy bonito. Muy, muy, bonito.

— Ya lo sé. Es solo Andrea siendo una envidiosa.

— Pero... ¿Qué es escótico?

— ¡Ay, Lupita! ¡No seas tonta! Es cuando algo es muy hermoso, tan hermoso como este jardín. Y se dice exótico, no escótico.

— ¡Ah! Así pues sí, tu vestido también está muy escótico.

— E-xó-ti-co, Lupita, ¡exótico! Bueno, mejor olvída-

lo. Ah sí, ¿qué te pasó en el brazo?

Entonces Lupita hizo algo medio raro, se puso bien nerviosa, y hasta pálida, y eso que Lupita es morenita. Y así por un rato, volteando a ver a Don Javier que andaba por ahí cerca cortando un arbusto en forma de corazón con unas largas tijeras plateadas. No me gusta ver a Lupita así. Tan nerviosa.

— Me caí. Me caí muy feo.

— ¡Ay, Lupita! ¡Qué bruta eres!

Algo muy raro de Lupita es que casi nunca le hace caso a su papi, es más, casi nunca habla de él, y cuando lo hace, no le dice papi, le dice papá, además, nunca va a abrazarlo o a darle un beso ni nada. Aunque bueno, si mi papi oliera a perro mojado yo tampoco le daría tantos abrazos, pero aun así, es raro, ni siquiera lo saluda o le habla. Siempre anda volteando a ver dónde está, y cuando lo ve, solo aparta la mirada rapidísimo, y unos minutos después lo vuelve a hacer. Pero solo eso. Solo lo mira. Y no lo mira sonriendo ni nada, lo mira como si tuviera prisa o tal vez hasta miedo, como si le fuera a hacer algo muy, muy malo si no tiene cuidado. Pero eso es tonto. Por qué Don Javier es su papi, y los papis quieren mucho a sus hijas y las protegen, eso lo sabe todo el mundo. Tal vez Lupita no sabe eso, Lupita no sabe casi nada de todos modos. Siempre le he querido preguntar sobre eso, porque quién sabe, tal vez sea un juego entre Don Javier y ella, y si es así, yo también quiero jugar, pero siempre se me olvida decirle.

Lupita es una niña muy, pero muy torpe. El otro día la vi con el cachete rojo e hinchado, y (después de contarle como Sara se peleó con Andrea por un plumón azul

que resultó ser de Fer) le pregunté qué le había pasado. Ella me dijo que chocó con un poste de camino a mi casa. ¡De verdad que es una niña distraída! Pero a pesar de eso, es muy buena con las flores, porque se ven más bonitas cuando ella las cuida. Yo siempre le ando preguntando cómo le hace, pero la verdad no le entiendo muy bien.

— ¡Ya dime, Lupita! ¿Cómo le haces?

— Les hecho agüita, pero no mucha por que se ponen tristes, les quito toda esta planta fea que es mala y las lastima y luego les hablo de cómo estoy. Creo que les gusta que les hable.

— ¿Cómo crees? ¡Si no tienen oídos, no te pueden escuchar!

— Pues no sé.

— ¡Ay, Lupita! ¡Nunca sabes nada de nada! Pero pues bueno, ya qué. Oye, y de todas las flores que hay, ¿cuál es la que más te gusta? A mí me gustan mucho esas que están allá, sobre todo las moradas, mi papi dice que son lirios. ¿A ti, Lupita?

— ¿Las de allá? ¡Ah! Sí, sí, muy bonitas.

Lupita se quedó callada un rato, y yo hasta pensé en repetirle la pregunta porque creí que no me había escuchado, y eso que escuchar era la única cosa en la que Lupita era buena aparte de las flores, pero después dijo que la siguiera y me llevó hasta el borde del jardín. Yo pensé que me iba a enseñar los tulipanes, pero no. Se paró enfrente de una parte de puro pasto que estaba al lado de los tulipanes y se sentó ahí. Primero pensé que se había equivocado, pero luego señaló enfrente de ella y entonces las vi. Unas diez margaritas pequeñísimas, que ni siquiera eran parte de las flores que mi papi compró para jardín,

estaban por el pasto. Primero pensé que era una broma de Lupita, pero se veía tan feliz viendo a sus margaritas que supe que lo decía de verdad.

— ¿Estas de aquí, Lupita? ¡Ni siquiera son parte del jardín!

— ¿No? Pero son flores... Y están en el jardín...

— ¡Bueno, sí! Pero hay otras mucho más bonitas, además de estas las encuentras en todos lados, luego las veo en el patio de la escuela o en las banquetas.

— ¡Eso mero! ¡Tan chiquitas y tan fuertes! Míralas nada más, casi no les dan agua, luego hasta la gente mala las lastima, y, aun así, ¡aquí siguen! ¡Y son bien pero bien chulas!

Creo que jamás había escuchado a Lupita hablar así antes. Ella siempre habla quedito, luego ni la llevo a oír bien, pero ahora estaba hablando fuerte, y viéndome directito a los ojos. Fue raro que Lupita gritara, y no me lo tomé mal, ¡de verdad! Solo estaba hablando de flores, no me estaba hablando feo, ¡para nada! Pero entonces escuché a alguien chiflar. Era Don Javier, que, aunque antes estaba lejos, ahora estaba más cerca, al otro extremo de los tulipanes. Cuando lo volteamos a ver señaló a Lupita con el dedo y luego hizo un gesto para que fuera con él. Y Lupita, así como así, se puso bien blanca y empezó a respirar raro, como si le faltara aire. No sé por qué. Don Javier ni se veía enojado, y si lo estaba, le podía decir yo que Lupita no me había gritado a mí. Le iba a preguntar si quería que fuera con ella, pero salió corriendo sin despedirse ni nada. Ya me iba a regresar a la casa cuando escuché que Don Javier estaba gritando algo sobre “chamba”, “patrona” y otra palabra muy grosera que mi



mami me dijo que nunca debía decir en voz alta. Ya no vi a Lupita ese día.

La tarde siguiente Lupita no vino a la casa. Lo sé porque cuando llegué de la escuela lo primero que hice fue ir a buscarla al jardín y no la encontré. Pero al que sí vi fue a Don Javier, que estaba cortando el pasto con sus tijeras plateadas por donde Lupita me había enseñado las margaritas el otro día. ¡Qué raro! Yo pensaba que el pasto se cortaba con esas máquinas que hacen mucho ruido. Fui a comer y luego regresé para ver a las margaritas. Pero ya no estaban.

Al día siguiente sí vi a Lupita. Tenía una cortada en la mejilla, que si de por sí ya estaba hinchada desde antes ahora se veía peor, y además escondía la mano izquierda. No vi mucho, pero creo que su muñeca estaba morada. Esta vez ni le conté de mi pelea con Andrea, lo primero que hice fue preguntarle qué había pasado. Ella dijo que se cayó de las escaleras. Pero no lo sé. Lupita no es tan torpe, ¿verdad? Yo nunca la he visto caerse en el jardín. Entonces esperé a mi papi para contarle (porque sabía que mi mami me iba a regañar por hablar con Lupita), que creía que eso estaba raro, pero me dijo que hay niñas que son muy despistadas y supongo que tiene razón.

Pero un viernes que venía de regreso de la escuela vi que algo estaba muy mal. Lupita estaba regando las flores, pero estaba temblando como si estuviera nevando, y apenas estaba iniciando junio. Quería preguntarle qué pasaba, pero Don Javier estaba cerca. Y yo sé que a Lupita no le gusta hablar cuando él está cerca. Esperé un rato viendo desde mi ventana, hasta que vi que Don Javier iba

a otro lado. Tal vez al baño. Bajé corriendo y corrí y corrí hasta donde estaba Lupita, que no solo estaba más blanca que yo, estaba llorando. Nunca la había visto llorar.

— ¡Lupita! ¿Estás bien? ¡Lupita, Lupita!

— La m-mato...

— ¿Lupita?

— ¡Mi papá! ¡Él la mató! ¡La mató! ¡La mató, dijo que estaba bien pero hoy ya no se movía! ¡La fui a ver y no se despertó! ¡Mi mamá ya no se despertó! ¡Me va a matar también! ¡No quiero! ¡Por favor! ¡No quiero!

Mi papi me dijo que hay personas que a veces dicen cosas que no son la verdad, que dicen mentiras. A veces mis amigas lo hacen, como cuando Andrea dijo que tenía un poni, a veces mi mami también lo hace, cuando me promete que me va a llevar al parque. Por un segundo pensé que tal vez Lupita me estaba mintiendo. Porque el Jardinero es su papi. ¿Matar a Lupita? ¿Matar a su mamá? ¿Por qué? No suena bien. Tal vez Lupita me ha mentado antes, y tal vez no es muy lista, pero yo creo que dice la verdad. Porque ella tiene mucho miedo. No sé si alguien pueda fingir un miedo así. Y yo no sé qué hacer, si el Jardinero es un señor tan malo, tampoco quiero que me mate a mí también. Ahora yo tengo miedo. Pero mi papi sí va a saber qué hacer. Dejé a Lupita llorando y fui corriendo a mi casa.

El Jardinero sigue trabajando hasta la noche, porque el jardín es muy grande, y se va cuando llega mi papi y le paga. Y yo esperé a que mi papi llegara. Esperé justo al lado de la puerta, hasta que escuché el tintineo de las llaves. Lo primero que hice fue contarle todo. Desde los moretones de Lupita, hasta lo que le pasó a su mamá. Y

mi papi... se rio. Dijo que Lupita solo estaba exagerando, que el Jardinero era un hombre muy honrado que conocía desde hace muchos años, y que tal vez le diera una cachetada de vez en cuando, pero que solo era la forma en la que criaba a Lupita. ¡Pero no podía ser solo eso! Y se lo dije, se lo dije, se lo dije y se lo dije. No me hizo caso. No me hizo caso y fue a contarle todo al Jardinero. Y los dos se rieron. Como si fuera un chiste. ¿Lupita me mintió? Debe de haber mentido. Mi papi lo dice, y él es muy, pero muy listo, y nunca se equivoca. Pero ¿por qué Lupita tenía tanto miedo? El Jardinero ya se ha ido. Mañana le voy a decir a Lupita que hable con mi papi. Tal vez todo esto es un error de Lupita, porque ella no es tan lista, tal vez su mamá solo está cansada, tal vez solo exagera un poquito.

No pude dormir bien. Desperté y vi a mi mamá casi gritando por teléfono.

— ¡Homicidio! ¿Puedes creerlo, Clau? ¡A las dos! ¡Es increíble que el inútil de mi marido haya traído a esa bestia tan cerca de mi angelito!

Homicidio. ¿También es algo que signifique bonito? ¿Estará hablando del jardín? No importa, hoy voy a esperar a Lupita. Mi papi trabaja desde casa los sábados. Ya sé que no le gusta que lo moleste, pero esto es importante. Entonces tal vez pueda escucharla solo un rato. Solo un ratito y ya, para decirle que nada malo le va a pasar. Esperé todo el día, pero ni Lupita ni el Jardinero vinieron.

Ni el día siguiente.

Ni el día siguiente.

Ni el día siguiente.



# Una sombra particular

*Ximena González Cerón*

El comienzo de clases, una época que sin duda emociona a muchos. En especial el primer día de tu último año, ya no volverás a tener un primer día de escuela en tu vida, llamémoslo el último primer día de clases. En teoría debería estar mordéndome las uñas de los nervios, pero si soy sincera, me cuesta trabajo encontrar las ganas para asistir mañana a la escuela. Sé que mi sombra no estará nada contenta de encerrarse en un pequeño cuarto lleno de jóvenes impacientes y ruidosos, le va a costar trabajo adaptarse.

Me ruge la panza, pero estoy demasiado cómoda como para moverme de mi lugar. Aparte, no quiero tener que encontrarme con mis padres, ya bastante tengo en la cabeza y no me apetece tener una conversación incómoda a estas horas de la noche. Decido quedarme sentada en mi pequeño rincón, la parte más fría de la habitación y donde tengo amontonados todos mis libros favoritos. Tomo un pequeño libro de bolsillo y lo hojeo un rato, leer siempre me ha traído una calma que me es difícil explicar. Me vuelve a rugir la panza. Esta vez, mi sombra no se aguantó y me obligó a bajar.

Llegué a la cocina sin problemas, ninguna figura parental a la vista. ¡Perfecto! Podría comer a gusto por un rato, a lo mejor y eso me sube el ánimo. Como siempre, mi sombra se me adelantó y ya sabía lo que quería comer. Helado, el mejor remedio para un corazón roto o por lo menos eso dice cualquier comedia romántica en la que salga Sandra Bullock. Abrí el congelador y saqué un pequeño bote de helado. Estaba a punto de llevarme a la boca una enorme cucharada de aquel delicioso manjar, cuando mi madre entró a la cocina. Mi sombra se escondió de inmediato. Es algo que hace muy seguido, no se siente muy cómoda cuando mis padres están cerca.

Mi madre se sentó en la mesita de desayunos y como lo dicta la rutina, me preguntó por la escuela. Sin mirarle a los ojos le respondí una mentira. “¡Qué bueno que te legra regresar la escuela!”, me contesta. Forcé una sonrisa y me dirigí a mi habitación. Preferí irme antes de que pudiera decirme algo más, no soy muy buena mintiendo. Mientras me alejaba la palabra alegre se me quedó grabada en la cabeza, hace mucho no me sentía así. Ya en mi cuarto, decido que es muy tarde y me preparo para dormir. No sin antes ordenar un poco mi habitación, soy una loca por el orden. ¡Que ironía!, utilizar las palabras loca y orden en la misma oración, hace sentido.

Mientras apilaba mis libros viejos, en filas perfectamente alineadas, encontré el diario que me regaló mi Grand Meré. Volteo a ver el calendario, pronto se va a cumplir un año desde que nos dejó. Fue justo una semana después de su muerte, que comencé a notar una pequeña figura siguiéndome a todos lados. No, no era ningún fantasma, sino que se trataba de una especie de

sombra que muy pronto se convirtió en lo más común de mi vida. Aquellos recuerdos hicieron que mi sombra se volviera aún más pesada y de pronto, sentí la necesidad de meterme a la cama. Me tardé mucho en quedarme dormida, hay días en los que mi cabeza no se calla.

Me levanté a las 5:00 am en punto, me lavé la cara, me cepillé los dientes y escogí un atuendo que me permitiera camuflarme impecablemente entre la multitud de alumnos. Con mi aspecto más o menos decente, decidí dejar la casa. La escuela se encuentra a tan solo diez minutos caminando, vivo en un pueblo así que todo me queda cerca. Mis padres no se levantaron, fui extremadamente cuidadosa e intenté no hacer ningún ruido. Hasta tomé la muy higiénica decisión de no jalar la palanca del baño. No me juzguen, todos lo hemos hecho.

En el camino a clases noté cómo los pasos de mi sombra se arrastraban y caminaba cada vez más lento, lo cual no era buena señal. “No otra vez”, pensé. A pesar de la inoportuna lentitud de mi sombra, logré llegar a tiempo. 5:40, leo en mi reloj, edición especial de Hello Kitty. Nunca me he molestado en comprar otro reloj y la verdad, me gustaba mucho. Mi plan iba a la perfección. Llegué temprano a propósito para no tener que saludar a mis demás compañeros, pero justo antes de que me pudiera meter al salón de clases la señorita Leclerc me interceptó. Era mi antigua profesora de literatura, mi materia favorita.

La señorita Leclerc me preguntó por mis padres, mis vacaciones y sobre mi abuela. Respondí a todo con la mayor amabilidad posible, sabía que la señorita Leclerc solo quería hacerme sentir acompañada. Aunque ya haya pasado casi un año, todavía me cuesta asimilar la muerte de

mi Grand Meré Agatha, el recuerdo causó que mi sombra se desplomara en el piso. “Aquí va de nuevo”, pensaba mientras la señorita Leclerc se alejaba.

No iba a aguantar otro episodio así y menos en el primer día de clases, así que con todas mis fuerzas caminé hacia el salón. Con cada paso obligaba a mi sombra a moverse, pero esta se deslizaba como algún tipo de líquido pegajoso por el suelo. Después de unos largos minutos logré que regresara a su estado original, justo a tiempo pues todos mis compañeros estaban entrando al salón.

Con la mirada busqué a Emma, pero recordé que seguía en sus vacaciones familiares. Emma es mi mejor amiga y una chica bastante peculiar. Una vez que el salón se había llenado, entró la profesora y las clases dieron comienzo, no podía creer que mi último año de preparatoria lo fuera a pasar así, rodeada de extraños y sin idea alguna de lo que quería para mi futuro. Pasaron dos semanas y Emma aún no regresaba de sus aburridísimas vacaciones, ella misma me las había descrito así. Realmente me era difícil desenvolverme en el instituto sin ella, pero bueno, sé que no siempre estaremos juntas y me tengo que aprender a adaptar.

Las horas de clase no transcurrían lo suficientemente rápidas y mi sombra se estaba comenzado a sentir atrapada. Para mi mala suerte, el trabajo que había hecho en literatura no obtuvo la calificación que yo esperaba. Nada de lo que entregaba en esa clase me hacía sobresalir. Y no lo tomen a mal, estoy acostumbrada a pasar desapercibida, yo misma lo prefiero así. Pero, sí que desmotiva un poco no recibir reconocimiento por tu trabajo.



Llegó el viernes y se dio el anuncio sobre el concurso de poesía. ¡El primer lugar se publicaría en el periódico del pueblo! Me emocionaba bastante, pero trataba de ocultarlo. Así evitaría sentirme mal si mi poema no ganaba el premio. Terminó mi última clase del día y no me había ido nada bien en el examen. Para colmo, la profesora me preguntó algo que no supe responder. En ese momento me di cuenta cómo mi sombra se achicaba y se escondía debajo de mi pupitre, odia equivocarse en frente de los demás.

Acabaron las clases y el fin de semana me lo pasé escribiendo mi poema, es bastante curioso, mis momentos de inspiración me llegan a altas horas de la noche. Durante las mañanas, echo la flojera y hago poco caso a los comentarios de mis padres al respecto. Nuestra relación no está en sus mejores momentos. En la tarde del domingo noté cómo mi sombra se encontraba un poco inquieta y recordé que Emma regresaba el lunes a la escuela. ¡No más comer en el baño de la escuela! Suena patético, pero créanme, es por decisión propia. Ese día me fui a la cama con la cabeza despejada.

5:40 am, volví a llegar temprano a la escuela, pero esta vez no me dirigí al salón. Me acomodé en una esquina del pasillo y me puse a esperar a Emma, siempre llega tarde, esa es su costumbre. Esperé aproximadamente 15 minutos, cuando vi su rostro entre la multitud de adolescentes. Sentí un gran alivio y me di cuenta de que mi sombra ya estaba corriendo hacia su dirección. Nos pusimos al corriente y Emma me comentó todo sobre su viaje, cuando ella cuenta algo se deja llevar y puede durar horas hablando. Yo siempre la dejo seguir, así funciona nuestra relación, ella habla y yo escucho. La escuela con-

tinuó como siempre, con la única mejora de que ahora tenía a mi amiga conmigo.

Llegó el día y entregué mi poema. No quise hacer mucho revuelo sobre aquello, pero mi sombra estaba con los pelos de punta. En mi casa las cosas no mejoraban, mis padres estaban cada vez más insistentes en hablar conmigo sobre la universidad. Ellos estaban seguros de que me quedaría a estudiar en la universidad de Creux, pero yo sabía que necesitaba estudiar fuera de Perigord, es más fuera de Francia. Lo malo es que cada vez que incitaban el tema en alguna comida o cena, yo los evadía y me iba rápidamente.

El no hablar con mis padres a veces me entristecía, pero la realidad es que no sabía qué decirles. Jamás he sido buena expresando lo que siento y ya conocen el dicho: “De tal palo, tal astilla”. Ya se imaginarán cómo es eso de los sentimientos en mi casa. Tampoco ayudaba mucho que mi sombra se escapara cada que ellos llegaban. Los meses transcurrían y en mi vida no pasaba nada interesante. En mi casa casi no hablaba, en la escuela solo escuchaba a Emma y de vez en cuando a la señorita Lelerc. Entonces ocurrió algo completamente inesperado, mi ensayo ganó el premio y se publicó en el periódico. ¡Sí! Qué felicidad, qué emoción, qué orgullo.

Ay, qué espanto. Mucha gente que ni siquiera se había molestado en hablarme durante todo el año, se acercaron a pedirme tutorías para literatura. Pero debo reconocerlo, el dinero extra me viene bien y quizás un reloj nuevo no era mala idea. Me felicitaron en todo el pueblo, por fin había destacado en algo que me gustaba y me conocionaba muchísimo leer mis propias palabras en el periódico.

co. Era algo irreal, fue un momento de realización, sería escritora.

No le comenté nada a mis padres. Pero al final se enteraron porque un vecino les enseñó mi poema. Me felicitaron a su propia manera. Me sentí normal por primera vez, pero mi madre decidió comentar como siempre. “Jamás nos cuentas nada, Camille”. Lo que dijo de alguna forma logró desacreditar todo mi esfuerzo. De repente mi sombra se comenzó a hinchar, era como si la estuvieran inflando cual globo. Decidí contratacar “La verdad, no siento que les interese mucho saber sobre mi vida”. Mi padre y mi madre se sorprendieron, casi nunca les contestaba. “Jamás nos quieres hablar y creo que es muy egoísta de tu parte decirnos eso”, soltó mi padre. Mi sombra comenzaba a desbordarse, la bomba iba a detonar.

Me enojé, pero más que nada sentí coraje e impotencia. Que pudiera decirles yo “la adolescente sentimental” que les pudiera hacer cambiar de parecer. Creía que nada, la mente de mis padres para mí era tan dura como un bloque de cemento. Pensé en alejarme de ahí y encerrarme en mi cuarto, pero ya era muy tarde, mi sombra había explotado y las palabras de mi boca salían sin que yo las pudiera controlar.

— ¡Quizás si ustedes prestaran un poco de atención a su hija y la escucharan de verdad, entonces entenderían que me quiero ir de aquí y no volver jamás!

— ¡Camille! —gritó mi madre. Terminé vociferando y les dije que tampoco pareció importarles que mi Grand Meré se haya ido. Jamás había dicho palabras tan hirientes, pero extrañamente me sentí aliviada después de sacar todo eso. Era como si un enorme peso se había caído de

mis hombros. Estaban atónitos y antes de que volvieran a hablar, me subí a mi habitación.

Lágrimas caían sobre mis sábanas, no sabía qué pensar ni cómo sentirme al respecto. Pero noté que por primera vez mi sombra había disminuido drásticamente, estaba mucho más pequeña de lo normal. Lo que me sorprendió es que me encontraba tranquila. Me quedé unas cuatro horas en mi cuarto, pero al final cedí al hambre.

Al bajar, mis padres se encontraban en la cocina, entré y me invitaron a sentarme con ellos, ambos se disculparon conmigo. Yo también les pedí perdón por hablar tan brusco, pero les dije que hace rato que necesitaba hablar sobre eso. Entendieron cómo me sentía y lamentaban no haber estado conmigo desde el día uno de mi duelo, pensaban que tenían que darme un espacio. Pero lo que necesitaba era amor. Sin darme cuenta una gota de agua salada se deslizó por mi mejilla, desde hace mucho necesitaba ese amor.

Nos abrazamos quizás durante cinco minutos. Les conté todo sobre mi poema y mi clase de literatura. “Estamos muy orgullosos, siempre lo hemos estado”. Sus palabras me enternecieron el corazón. Algo en mí cambió esa tarde, lo sentí con perfecta claridad. Al final nos dimos las buenas noches y nos fuimos a dormir. En mi cama me volví a percatar del tamaño de mi sombra, estaba diminuta. Pero “¿por qué ahora?”, me pregunté. Volteé a la derecha y ahí estaba, en mi pequeña mesita de luz, el diario de mi Grand Meré. Sentí cómo ella misma me entregaba la respuesta: “Todo está bien”. Me solté a llorar. Dejé salir todo mi rencor y dolor, aquella bola de sentimientos reprimidos por fin se había liberado. Me sentía tranquila y

en paz conmigo misma.

¡Cómo disfruté de mi familia! Una nueva atmósfera de jovialidad y frescura se esparcía por mi casa. La escuela recobró su sentido, las clases se volvieron interesantes e incluso hice algunos amigos. Eso sí, solo gente que creyera que mi reloj edición especial estaba padre. Ya eran las últimas semanas, cuando me llega un correo: ¡la Universidad de Boston había leído mi ensayo y estaban interesados en ofrecerme una beca! Mis ojos no creían lo que veían, mientras Emma me enseñaba el correo eufórica.

¡Gracias dioses de las novelas románticas, por hacerme una adicta a la literatura! Iba a poder estudiar fuera y conocer el mundo. Mis padres se tomaron bien la noticia. Estaban tan emocionados por mí, que ese mismo día se encargaron de comprar mi boleto. No es broma cuando les digo que mi madre se puso a acomodar todas mis cosas en secciones solo para que me fuera más fácil empacar. Como les dije, en esta familia nos parecemos mucho.

Sábado 15 de agosto, mi vuelo salía a las 3:00 pm. Obviamente yo estaba despierta desde las 6:00 am. Era el comienzo de una nueva etapa, mis heridas habían sanado y mi corazón estaba preparado. Me despedí de mis padres, de Emma y la señorita Leclerc. Tomé mis maletas y me subí al avión. Ya en el asiento, mientras me colocaba una cómoda almohada pude distinguir al lado de mi oreja, a una figura que reconocería en cualquier lado. Mi pequeña sombra particular estaba sentada en mi hombro. Era tan pequeña que casi parecía invisible, pero ahí estaba, lista para acompañarme en mi nueva vida.



# Renacimientos

*Nantzin Fernández Hernández*

Nunca te has considerado un esclavo de la rutina. Solo te consideras alguien que lucha diariamente por tener una vida saludable y tener buenos hábitos. Te gusta levantarte temprano, bañarte por las mañanas, aprovechar la luz natural. Te gusta escuchar “Oro, noventa y cuatro punto nueve de tu radio” para distraerte y sentir que no estás solo. Tomas tu café después de desayunar y no antes, y te lavas perfectamente los dientes. Llegas más o menos peinado a la escuela, te gusta desearles a todos los buenos días, te gusta sonreír, te gusta ser la calma entre tormentas, el amigo agradable y tranquilo que limpia los mocos y las lágrimas.

Nunca te has considerado un esclavo de la rutina, e incluso piensas que está bien romperla de vez en cuando. O eso es lo que te dices en los días como hoy.

Está bien dormir hasta las tres de la tarde algunas veces, está bien. Está bien saltarse el desayuno y comer únicamente una manzana. Está bien colarte a escondidas al cuarto de tu madre y sacar la botella de vino del 94, y está bien bebértela entera. También está bien llorar cubierto de vómito, pintar líneas rojas por tus pantorri-llas, está bien permitirse ser vulnerable cuando te sientes tan ridículamente solo.

O eso es lo que tratas de decirte para no sentirte culpable. Una cosa es tener malos días, y otra muy distinta es hacer esto. Eres un irresponsable y lo sabes, estás poniendo en riesgo tu vida y estás lastimando los sentimientos de las personas que te quieren. Eres un inconsciente, un maldito, es por eso que las personas se alejan de ti, eres una carga para tu madre y eres una carga para tus amigos, y si no te matas, es porque sabes que muerto les pesarías más.

No eres más que un sucio bastardo que corre el riesgo de caer en un problema de alcoholismo.

Pero estás mejorando. Generalmente te quedarías a pudrirte en la cama todo el día, pero hoy encontraste el valor de levantarte a las 11:58, que es antes del meridiano, aunque después de tu hora de entrada a la escuela. Es un avance, reconoces tu esfuerzo, y quieres sentirte ligeramente orgulloso, pero no lo haces porque te sigues pareciendo repulsivo y te sigues dando mucho asco.

“Maldición, Rodrigo, ya deja de autocompadecerte y haz algo con tu estúpida vida”, es lo que te dices cuando te miras al espejo. Hoy tus ojeras son todavía más profundas que ayer, y eso te genera un enorme rechazo hacia tu imagen. Otro viernes de desear haber nacido en otra piel.

Por un momento, piensas que el problema es ese, justamente tu piel. Te gusta tu vida. Eres consciente de todo lo que tu madre ha hecho por ti, y lo ha hecho bien. No quieres imaginarte lo difícil que debe ser criar a un hijo, y mucho menos hacerlo sola, y piensas que tu mamá hace lo mejor que puede, y, aunque no te gusta comparar, la verdad es que lo ha hecho mejor que muchas de las otras madres que conoces.



Tal vez tu piel no es el problema. Tienes una piel mixta, con algunas zonas más grasas que otras, pero utilizas aceites y sueros que le dan una textura más saludable. Los pocos granos que tienes están ahí porque eres adolescente, y además, tienes un color parecido al del chocolate de almendras que, en tu opinión, se ve lindo. En realidad, tu piel te gusta. No te consideras guapo, pero sabes que no se debe realmente a tu imagen, sino a tu baja autoestima.

Te gustaría tener brazos más anchos, sí. Pero sabes que tu cuerpo se ve como se ve porque no te alimentas correctamente, no haces ejercicio, y que la supuesta “rutina de hábitos saludables” que tanto te gusta, es en realidad el escape a tu rutina real: la de autosabotearte y hacerte daño a ti mismo.

Bajo tu punto de vista, todos los cuerpos son estéticamente hermosos, más allá de los cánones de belleza. Todos son estéticamente hermosos, pero lo importante no es eso, sino estar saludable. Crees que es indispensable mantener un estado de salud y equilibrio entre tu cuerpo, tu mente y tu espíritu. Según tú, el equilibrio es lo que ayuda a sanar el alma.

No te consideras un aspirante a Buda, pero estás aprendiendo a meditar. Por alguna razón, piensas que si logras conectarte con las fuerzas del “om”, vas a llegar a quererte a ti mismo. Eres un estúpido, Rodrigo. Desconectarte de ti mismo no te va a ayudar a conectar con algo más grande, solo aumentará el vacío que ya sientes.

El problema no es tu cuerpo. Y el problema tampoco es tu vida. Tu familia te ama, y tus amigos también. Ojalá te hubieras quedado en la misma preparatoria que tu secundaria, así no sentirías que están comenzando a rem-

plazarte. Te dan ganas de viajar en el tiempo y no haberle dicho a Carlos que lo amabas, que él era lo único que te mantenía con vida, que no eras nada ni nadie sin él, que te diera una oportunidad para probarle que serías mejor amante que cualquiera de sus chicas anteriores. Si no le hubieras dicho eso, él no se hubiera alejado, y no habrías obligado a tus amigos a sentirse divididos entre ambos.

Cuando recuerdas lo que pasó con Carlos, te enojas todavía más; pero no con él, porque es normal estar confundido y es normal tomar malas decisiones. Si bien él dice lo contrario, estás seguro de que, en algún punto de su vida, llegó a quererte con la misma intensidad con la que tú lo querías. Es por eso que te besó, no te hubiera besado si no le gustaras aunque fuera un poco. Te enojas contigo mismo por haber sido tan ingenuo y tan tonto. Ahora los demás salen con él a tus espaldas para que no te sientas mal, y Karla incluso te cuenta todas las cosas malas que hace y le dice cosas horribles para mostrarte su apoyo. La verdad es que, cuando Karla te dice esas cosas sobre tu ahora ex amigo, no puedes evitar preguntarte qué cosas le dirá sobre ti a él, pero bueno ¿por qué dudar de las personas que supuestamente te quieren tanto?

Odas cuando ese pensamiento se instala en tu mente. Dudas de ellos porque te besan y luego te dicen que te odian, porque salen sin decirte nada y luego insultan a quien saben que todavía quieres, porque si no respondes a sus mensajes, tardan tres días en volver a escribirte; porque trabajan todo el día, porque comenzaron a sospechar

que esas cicatrices no las hizo tu gato. Dudas de ellos porque te permiten estar solo, cuando todos saben que eres un peligro para ti mismo.

Pero no vas a decirles nada. No estás en posición de reclamar. A final de cuentas, te buscan cada tres días porque se preocupan por ti. Hacen un esfuerzo para que te sientas seguro y cómodo sin detener sus vidas por ti. Y cuando Carlos le pregunta a Karla cómo estás, cómo sigues, cómo te sientes, no es porque esté loco u obsesionado contigo, es porque quiere saber cómo estás, cómo sigues, cómo te sientes.

Pero el problema tampoco es tu mente, tiene problemas y ya. Tus inseguridades y tus miedos no te definen, pero si fueras más bonito, más inteligente, más fuerte física y emocionalmente, tal vez las vidas de todos serían más fáciles. Ojalá nadie te quisiera, así podrías morirte tranquilo, así podrías descansar en paz.

Mañana vas a hacer otro intento. Mañana vas a volver a intentar dar inicio a la rutina porque nadie va a venir a rescatarte; ya cuentas con el apoyo, ahora te falta poner de tu parte. Tal vez no lo logres, pero te corresponde intentarlo. Ya qué, tienes pocas opciones. Odias ese pensamiento de “a partir de mañana”, porque sabes que es una forma de procrastinar y, por lo tanto, de sabotearte. Deberías empezar a hacer las cosas bien hoy. Pero ya faltaste a la escuela, ya tienes marcadas las ojeras, y ya te saltaste la primera comida del día. Quieres decirte que nunca es tarde para empezar a cuidarte de ti mismo, pero seamos sinceros, sí es tarde. Esperar a mañana no te va a hacer ningún daño.

Así que te diriges a la habitación de tu madre, sabes perfectamente en dónde guarda la reserva. Te prometes que hoy va a ser tu último día de autodestrucción.

Abres el closet, solo necesitas pararte de puntitas para alcanzar la parte más alta, sí, justo ahí. Tus dedos rozan la botella, te estiras un poquito más para alcanzarla. Cuando finalmente bajas tus brazos con el elixir en tu mano derecha, sientes algo peludo contra tu piel y brincas del susto creyendo que se trata de una tarántula o alguna clase de monstruo, pero no, es solo el precioso vestido de terciopelo verde olivo que suele usar tu mamá en los eventos elegantes. Suspiras con alivio, y al voltearte, ves otro espejo.

“Me lleva la que me traje”, maldices, y vuelves a mirar tu reflejo. ¿Por qué se cruzan tantos espejos en tu camino solo cuando te sientes feo? Tus labios se ven resecos, y tu cara se ve opaca y eres horrible y te odias. Pero hay un “algo” en tu imagen que te mantiene hipnotizado. Y no puedes dejar de mirarte.

Decides dejar la botella sobre la cama solo un segundo, para así poder observarte mejor. Joder, Rodrigo, sí que te ves mal. Ahí sobre el tocador están todos los productos que suele usar tu mamá para arreglarse antes del trabajo. Siempre has sentido fascinación de ver a tu madre colocar todas esas cosas en su rostro, te parece mágico cómo este se va embelleciendo poco a poco. Por un momento, te preguntas si eso podría funcionar contigo también.

No conoces los nombres de todos los cosméticos, pero reconoces el tubito con base cuadrada de color beige como la cosa que usa para tapar las ojeras y zonas rojizas; supones que no te hará daño probar. Lo abres y

colocas el espeso líquido debajo de tus ojos y comienzas a embarrarlo tratando de que se pierda con tu piel. En algún momento se te ocurre que dando golpecitos con tus dedos puede que se difumine mejor, y sorprendentemente funciona.

Este otro producto también lo reconoces, es para hacer “chapitas”; has visto que mamá lo usa con una brocha grande y redonda, y piensas que podría darle a tu rostro un color más “vivaracho”, incluso te atreves a pensar que le dará un color más feliz. En cuanto te lo pones, caes en la cuenta de que debiste ponerlo no en el cachete, sino en la mejilla, porque ahora tus cachetes se ven más grandes y tu cara se ve extraña. Lo retiras con una toallita húmeda para volver a intentar. Te sale mejor.

Conoces los iluminadores. Deberías usar también un poco, solo en la punta de la nariz y en ese huesito junto a los ojos; supones que también podrías ponerte debajo de la ceja, y en el mentón para que se vea más pronunciado. Sombras, definitivamente necesitas usar sombras.

No tienes ni idea de cómo usarlas.

Vas por tu teléfono y buscas “maquillaje ojos natural sencillo”, y lo intentas. Utilizas tonos en café, según tú para que sea natural y discreto, pero la verdad es que aplicaste sombra de más e hiciste un pésimo trabajo al difuminarlo. El delineado te quedó chueco y más largo de un lado que del otro, porque durante todo el proceso te temblaron las manos. A pesar de todo, no te ves tan mal. No tanto, pudo ser peor, es un buen primer intento; además, no es como que lo vayas a hacer de nuevo, ¿o sí?

Quieres ponerte un labial rojo con mucho brillo, pero

sabes que tu mamá no tiene de esos porque “son para prostitutas”. Ya qué, tu look tendrá que quedar incompleto.

Admiras el resultado final. Sabes que podías hacerlo mejor, pero te gusta, es más, no podías haberlo hecho mejor porque para mejorar se necesita práctica, y esta era tu primera vez. Y de verdad te gusta; en realidad, te gusta tanto que no lo puedes dejar así.

Vas por tus ahorros y tomas algo de dinero. A unas cuadras hay una tienda de Bissú. No vas a tardar demasiado. Cuando te paras frente a la puerta, otra idea descabellada cruza tu mente. Tienes que ponerte el vestido de terciopelo.

Corres de regreso al cuarto de tu mamá. El vestido tal vez te queda un poco más corto de lo que esperabas, porque eres considerablemente más alto que tu progenitora, pero de que te entró, te entró. Y para complementar tu nuevo *outfit* decides ponerte un cinturón ancho que tu mamá usaba en los ochenta. Piensas en qué zapatos podrías usar, y recuerdas los preciosos tacones plateados. Pero no hay manera de que te queden, y no hay manera de que camines dos cuadras con ellos. Bueno, tal vez las Vans de cuadritos negros y rojos no combinen mucho, pero al menos son cómodos. Ahora sí tomas tus llaves y te preparas para la gran aventura de tu vida.

Piensas un poco en esa canción de Gloria Trevi que tu madre cantaba cuando recién se divorció, pero la verdad es que nadie te mira. La canción que te gobierna en este instante de tu vida será “Youth”, de Troye Sivan. Te la dedicas a ti mismo, y tu juventud, te pertenece. La verdad es que no sabes si reír o llorar, porque estás comenzando

a sentirte bien.

Compras tu labial, y sorprendentemente cuesta menos de lo que esperabas. Y sabes que la chica de la caja te está juzgando no por ser un chico con maquillaje, sino porque lo aplicaste mal. Mientras pintas tu boca, te preguntas si esto es hipocresía. Siempre les dices a todos que son hermosos y que no necesitan ocultarse, y ahora estás detrás de una máscara de maquillaje; pero cuando ves tu reflejo en la pantalla de tu teléfono, te dices que no es así, que jamás te habías visto más como tú en toda tu vida.

Sí, tu maquillaje era desastroso, pero seamos realistas, tú también eres un desastre; ahora eres un desastre de colores.

Te sientes tonto, y te sientes cursi. Estás convirtiendo lo que inició como un impulso en “tu momento”. De pronto te sientes como si tuvieras el control de ti mismo, como si pudieras hacer lo que se te da la gana, total, a partir de mañana vas a integrarte nuevamente a la rutina que tanto te cuesta intentar aplicar. Tienes que aprovechar el último día que vas a desperdiciar, ¿no?

Quieres que tus pies te lleven hacia tu destino, pero no sabes si caminar hacia la izquierda o hacia la derecha. Te resulta gracioso pensar que si das una vuelta de 180 grados, podrás volver al origen avanzando hacia el frente. No piensas volver aún y crees que el camino de Dios probablemente esté a la derecha.

Así que te diriges al otro lado.

Quieres caminar hasta sentir que se te caen las pier-nas, y entonces llegas a donde antes estaba la casa de tus abuelos. Ahora la demolieron y en su lugar hay un pequeño café. Entrás, porque ese podría ser un buen lugar,

y hoy un buen día para tener la ilusión de encontrar al amor de tu vida. Cuando sales del café sigues siendo soltero, pero ahora eres un soltero con un capuchino y una bolsa de alfajores.

Los alfajores siempre te han parecido demasiado dulces.

Hoy será el último día en que consumas azúcar de más.

Recuerdas a tu profesora de física, dándote cuenta de que “hacia delante” es una dirección, no un sentido. Qué triste es no poder calcular el vector que están siguiendo tus pasos.

Tienes ganas de girar como rehilete. Así que lo haces. Con un poco de suerte te atropellan y no tendrás que comerte los siete alfajores que ya te estás arrepintiéndote de haber comprado.

Ser espontáneo es más difícil de lo que imaginabas.

No sabes en qué momento empezaste a tararear, pero sentiste que estabas blasfemando la canción tan hermosa con tu voz más horrible.

“Perdóname, Troye”, dices al cielo, como si Troye fuera alguna especie de dios y fuera a escucharte.

Mientras giras como imbécil, cantas y gritas, te dices que te unirás a una secta de seguidores de Dionisio. Pero luego te dices que no, que quieres dejar de beber.

De pronto tienes un pensamiento todavía más loco: hoy es tu única oportunidad de ser feliz.

Le das un trago a tu capuchino. La verdad, no está bueno. Pero le das otro, y otro, y otro. Seguiste caminando y ahora estás haciendo equilibrio en una barda no muy alta, con los brazos extendidos, y te sientes libre. Te gusta aprovechar la luz natural, te gusta sonreír, te



gusta desear las buenas tardes, eso ya lo dijimos.

Mientras caminas, piensas en tu madre, en cómo le estás robando el vestido y le estás robando su maquillaje. También le robaste los 17 años de vida que ha pasado criándote; si cada año tiene más canas, es porque también le robaste su juventud.

Pensar en tu madre, te hace pensar en tu padre y te preguntas si él estará pensando en ti. Y pensando en él, piensas en otra persona.

Y te repites que hoy es tu último día para cometer errores, porque hoy va a ser tu última noche de arrepentirte. Y ya no puedes perder el tiempo, así que corres.

Ambos queremos pensar que no sabes hacia dónde se dirigen tus piernas. Rodrigo, no hagas esto, por favor, sé que dijiste que hoy sería el último día que te harías daño, pero estás empezando a exagerar. Piensas que esta es una gran idea, porque él adora los alfajores. Tal vez por eso los compraste, tal vez sabías que lo ibas a buscar.

No hagas tonterías, Rodrigo, por favor. En tus condiciones, cualquier error podría acabarte. Lo sabes, y tal vez este sea un último intento de terminar de destrozarte para no tener que integrarte a la rutina que sabes perfectamente que solo finges que te gusta. Tal vez sea eso, tal vez sea que nunca te habías sentido tan tú y nunca te habías sentido más libre; quieres fingir que eres el personaje principal de un musical *coming of age*. Por favor, detente, no hay manera de que salgas de esta sintiéndote con vida.

Hoy eres un nuevo Rodrigo, corriendo entre los mismos cipreses entre los cuales solías jugar “eres” a los 10 años. Y todo sigue igual, menos tú, menos la cafetería,

menos tu vida, menos los cipreses que siempre han estado ahí pero que hoy, se ven más verdes. Se ven más verdes porque combinan con tu vestido, y el sol es más brillante porque combina con tu labial y con tu iluminador. El día es bonito porque tú te sientes bien, y si ayer hubiera estado exactamente este mismo clima, hubiera sido un día horrible porque tú te sentías mal.

Y por primera vez, te sientes orgulloso de estar atreviéndote a cometer este gran, grandísimo, monumental, monumentalísimo error. Por favor, Rodrigo, no lo hagas. Pero ya no te sientes tonto, ahora te sientes valiente, y todavía acomodas tu cabello antes de presionar el timbre.

*Ring...* este es tu momento para salir corriendo. Quince, catorce, trece, no vas a correr, ¿cierto? Diez, nueve, está bien. Haz lo que se te dé la maldita gana, a fin de cuentas, nunca nos consideramos esclavos de la rutina. Siete, seis, supongo que está bien liberarse de la rutina de vez en cuando, cuatro, tres, espero que, a partir de ahora, conviertas el ser libre en un hábito, pero... dos, cuando Carlos abra la puerta, ni se te ocurra decirle otro “te amo”.

Uno.

# Florero

*Lorena Fernanda Delgado Correa*

## *Niña*

El cabello se me escurre entre los dedos formando los mismos patrones de siempre, aquellos que aprendí por mi cuenta y que me remiten a las tardes interminables de dolores de cuello con mi madre detrás mío, trenzando de la misma forma aunque con menos cuidado y más jalones de pelo, porque mi cabeza simplemente no se podía estar quieta y se balanceaba al son del trenzado de sus manos, hasta que aprendí a hacerlo sola y declaré así, por primera vez, mi independencia.

Aparentemente nada ha cambiado, mis rasgos son los de todas las mañanas, el tacto de mi cabello coincide con las memorias que tengo de él y se enreda igual de fácil que de costumbre, pero algo se siente distinto, seguramente serán las prisas, el frío y el desvelo que me cargo. Me examino, recorriendo mi rostro, tratando de encontrar la anomalía que me produce esta incomodidad que martillea mi cabeza como un mosquito a medianoche, no encuentro nada.

## *Espejo*

Ella se mira en mí con detenimiento y sigue su rutina de peinado, delineador y lavado de dientes sin percatarse

de las escamas de porcelana que colonizan la piel de sus brazos y las flores que crecen de su cabeza. Empezaron como pequeñas plantitas emergiendo de su cabellera, luego capullos y ahora flores inmensas de múltiples colores y formas, de una belleza inaudita, mortífera y aterradora por su perfección, tan naturales que parecen falsas, tan verdaderas que no pueden ser más que mentiras. Provenientes de un tiempo inexistente los lamentos desgarradores hacen de banda sonora para sus hábitos matutinos y la sangre imaginaria de lo que aún no ha sucedido mancha la suela de sus botas.

### *Sapo*

Recuerdo la primera vez que la vi después de enseñarle cómo la libertad y el seguir ciegamente las demandas del propio ser es la mejor forma de ser Ser, la mejor forma de educar a tus hijos; después de que le demostré cómo el egoísmo da vida, cómo es inofensivo, crea sin destruir ni siquiera mínimamente a nada ni a nadie, porque egoísmo no es en realidad la palabra para describirlo, es autoestima, es escuchar los susurros de nuestros demonios no superados producto de los traumas que nos hacen el desayuno y nos arrullan hasta que nos quedamos dormidos, producto de las mentiras que nos contamos para acallar los alaridos de nuestras conciencias inquietas, sin cuestionarlos, sin sanarlos, sin superarlos.

Era tan fea, estaba tan rota y en su caminar, que antes sonaba como campanas, y su olor veraniego de alegría, risas y playa, solo quedaban melodías fúnebres y humores putrefactos. No la aguantaba ¿qué le había pasado? ¿dónde se había ido mi niña preciosa? Seguro la

bullas con la que pasa el resto de la semana destripó sus campanas y su buen humor, le arrancó las extremidades y arrepentida se las volvió a pegar para luego bañarla con mierda y finalmente enviarla a mi casa. Lo que me alivia es que ahora cada vez que viene es un poco más la niña de mis recuerdos, la que amo como a nadie jamás había amado.

### *Niña*

Otro sábado en compañía del sapo en el que se había transformado mi padre. Al principio no podía aceptar que el monstruo verde ante mis ojos fuera el hombre con el que había pasado tardes enteras riendo en el parque y desarrollando historias de superhéroes. Me costaba creer que con él hubiera aprendido a soñar, a disfrutar de la lectura, a ser mucho de lo que soy y lo odiaba por haberme engañado, por haber escondido su piel pegajosa y su barriga prominente. Las primeras visitas fueron terribles, soportar su incesante croar y el pantano en el que había convertido su departamento, representaban el más alto nivel dentro de mi escala de desagrado. Lo peor era tratar de ser honesta, de abrir mi alma harapienta y recibir una mirada perdida que solo se encendía cuando alguna de las ideas que salían de mis labios lo involucraban en algún sentido. La única música que disfrutaban sus oídos era la de su propia voz, parlotando sin cesar, contándome el porqué de su estupidez, las razones detrás de sus traumas, rogándome que conociera a su pareja del momento, que juntos formáramos la familia de sus sueños, comportándose como un inocente repitiendo que me amaba, pero insistiendo en quitarme tiempo de su com-

pañía y pensando que los monólogos interminables son relaciones modelo.

### *Espejo*

Antes de las escamas y las flores, su mirada en mi superficie irradiaba fuego. Sus movimientos pintaban estelas de furia y su espalda se erguía con el apoyo de su desprecio. En sus piernas se enraizaba el odio y sus puños apretados estaban preparados para lanzar llaves de realidad y arrancar la yugular de quien fuera necesario. Luego llegó la lluvia, apagó el fuego y de paso se llevó toda su seguridad, no sonreía más cuando me veía, ya no había música resonando por las paredes rosadas del baño, tampoco bailes improvisados ni peinados elaborados y su espalda se arqueaba ante el peso de su sufrimiento. Parecía que las cosas mejoraban hasta que noté los capullos entre sus raíces capilares y supe que se venía un nuevo cambio, uno mucho peor que los otros.

### *Niña*

Este sábado y los anteriores han sido diferentes. Me encuentro deseando estar a su lado, riendo con despreocupación, amándolo de nuevo, disfrutando de su tacto, rogando por su cariño, admirando sus hazañas, dejando el pasado atrás e inhalando el presente con ganas. Deseando a cada momento que no se me escape, que no me reemplace otra vez, haciendo lo posible porque no me engañe de nuevo, porque no podría soportarlo.

### *Espejo*

Ha regresado y me utiliza para mirarse mientras deshace sus trenzas, puedo ver que las flores han crecido y que la

porcelana ha invadido su piel desde la punta de sus dedos hasta sus clavículas. Sus labios guardan una sonrisa pequeña, casi natural pero innegablemente falsa. Se mira los brazos, las palmas de las manos, se rasca la cabeza con desesperación, creo que está a punto de notarlo, de escapar de la prisión que se ha autoimpuesto. Los aullidos de desesperación rasguñan las paredes y la sangre emana del lavabo, ambos presagios de un futuro inevitable.

### *Niña*

Ahí está de nuevo la misma sensación de intranquilidad, asfixia y aprisionamiento, mi rango de movilidad está extrañamente limitado, como si mi piel no fuera piel, cada movimiento requiere pensarse el doble, no hay espontaneidad ni piloto automático y la maldita comezón en mi cuero cabelludo me está enloqueciendo. Escudriño mis dedos, me rasco la cabeza, frustrada no solo por la comezón sino por lo alienígena de mis movimientos y sigo sin encontrar una causa para mis malestares.

### *Sapo*

Ha pasado una semana desde que nos vimos y ya quiero tenerla de vuelta, me emociona ver cómo en cada nueva visita es más ella y menos la obra que creó la desquiciada de su progenitora. De verás me preocupa muchísimo saber que está bien y que no se ha contagiado de locura. Por las llamadas de cuarenta segundos cada tercer día debe de saber cuánto me importa, los fines de semana en los que la reemplazo por mi verdadero amor se lo dejan aún más claro. Estoy seguro de que a mi lado se siente protegida del mundo, pues sabe que no tiene que fingir para complacerme ya que yo soy todo un progresista de izquier-

da que desea el cambio de la sociedad en su conjunto. Obviamente el escucharme hablar durante horas sobre mis reflexiones vacías de la semana establece un vínculo de cercanía entre nosotros, porque en nuestra relación lo principal es la comunicación. La conozco como la palma de mi mano y es una estudiante modelo y un ser humano respetable únicamente por mi influencia.

Aquí está de nuevo, aún más hermosa. Esta es la hija a la que protegí cuando salí a perseguir mi libertad, porque obviamente si yo estoy bien ¿cómo no lo van a estar los demás? Soy el sol de este sistema planetario, soy brillante, soy hermoso, soy bondadoso y soy el mejor padre de la galaxia entera, cualquiera amaría ser parte de mi descendencia, con mi crianza estoy remediando todos los errores que cometieron conmigo, no tengo que pedirle disculpas a nadie porque soy incapaz de dañar, en mi hacer solo hay amor y cuidado al prójimo.

### *Niña*

Era bello otra vez, ya no era una condena sino un placer pasar tardes a su lado. Hemos hablado por horas, me ha contado de su trabajo en el hospital, sobre cómo se ha modificado la relación con su madre y arrullada por su croar y las melodías de su egocentrismo, mis ojos pasean por la habitación. No había notado el lodo del pantano en las paredes, las colonias de moscas sobrevolando los rincones de cada habitación, el pútrido olor invadiendo mis fosas nasales y el aumento en el tamaño de sus ancas y sus pieles flácidas arremolinadas en su abdomen.

Observo el paisaje horrible que rodea la mesa del comedor hasta que una gota cae en mi cabeza, miro hacia



arriba y la sangre se escurre por mi cara, más y más gotas de fluido vital me pintan de rojo oscuro, arden, queman como ácido, se meten en mis ojos y los derriten, al fin lo entiendo. Él no cambió, nada ha mejorado, por primera vez escucho los chillidos provenientes de mi propio pecho, el dolor añejo que me he esforzado tanto por esconder y aunque mientras me desmorono junto a él, no es suficiente para que me mire, no es suficiente para que se preocupe, no es suficiente para que me ame, no es suficiente... Porque la porcelana mantiene la compostura de mi interior líquido y las flores fuerzan el gesto de amor y cariño en mi rostro, sin permitirme vomitar la bilis de amargura que he cargado por tanto tiempo, fomentando la fantasía que se ha construido para cargar con él mismo.

### *Sapo*

Sin duda uno de los mejores sábados que hemos pasado juntos. Se fue contenta y yo no podría estar más feliz.

### *Espejo*

Sábado por la noche, entra por la puerta, lucha por mover sus extremidades y avanzar hasta estar frente a sí misma y frente a mí. Sus yemas recorren lentamente su piel cristalizada, cada movimiento es tormentoso y rígido a más no poder. La punta de sus deseos prosigue con su camino, llegan hasta su cabello, casi invisible por la cantidad de flores que lo cubren, las acaricia, un torrente de lágrimas rojas emana de sus ojos y baña la porcelana blanca de su piel.

*Niña*

¿Dónde estoy? ¿A dónde me fui? ¿Por qué me hice esto? ¿Por qué permití que las fantasías de ese anfibio se asentaran en mi cráneo y lo parasitaran con culpas y responsabilidades que no eran mías? ¿Por qué luché tanto para que me quisiera si ya me había enterrado el puñal en los intestinos e insistía en retorcerlo cada vez que nos veíamos? ¿Además de darme la vida, que otra deuda tengo con él? ¿Qué es tan caro que tenga que ser pagado con mi alma? No me merezco esto y él no se merece mis lágrimas de sangre, no se merece mi dolor, mi compasión, mi amor, ni mi lucha.

*Espejo*

Se aleja y camina hacia la regadera. La pierdo de vista, por momentos no se escucha nada, podría jurar que el baño está vacío hasta que empiezan los alaridos.

*Niña*

Tiro de la primera de ellas, está profundamente enraizada en mí y no quiere despegarse, sigo jalando y siento cómo se despegan trozos de mi piel, grito por las disculpas que nunca voy a recibir, por las mentiras que me contó y me seguirá contando, sigo arrancando y a mi alrededor el piso se plaga de flores marchitas y podridas, grito porque sé que el padre de mis memorias infantiles no existe y el sapo en su lugar jamás podrá amarme de verdad, jamás podrá ser quien necesito que sea porque no quiere y no puede aceptar que de víctima pasó a ser victimario, mi cabeza está totalmente despoblada y mis manos inquietas rompen con desesperación la porcelana que me aprisiona,

las flores nadan en un océano de mi sangre y sigo gritando porque en su mundo solo existe él y los demás solo somos decoración, una parte de la escenografía, un florero.



# Umbra

*Mabelle Frías Díaz*

## Capítulo 1. POV de Freya

Algunos lo llamarían tiranía, otros, manipulación. ¿Pero yo? Yo lo llamo liderazgo, controlar la mitad de un planeta entero no sería tarea fácil para nadie, mucho menos si tu gente duda de tu capacidad. “Una mujer no puede gobernar” escuché millones de veces.

¿Uno de los errores más comunes de los humanos? Subestimar. En la vida siempre habrá personas que te dirán “No puedes, no eres capaz”, con intención de que lo creas para que en vez de que sea una voz externa se vuelva una interior que automáticamente te susurrará palabras desconfortantes cuando pienses emprender en el camino para llegar a la grandeza.

Ángeles y demonios fue lo que dividió el planeta hace ya 500 años, lo que un día fue un planeta con muchos países y variantes en cultura y tradiciones se volvió uno donde la gente “pura” o en realidad menos dañada fueron llevados al lado de los ángeles (luz), mientras que los otros fuimos arrastrados al lado de los demonios (noche), los lastimados, los de pensamientos oscuros o no aprobados por la toxicidad de lo que fue la sociedad.

El lado de los demonios necesitaba un líder que sería acompañado por sus siete fieles demonios, y yo Freya, una mujer, tomé ese puesto apenas hace unos meses.

¿Qué tienen en común la política y los asesinos seriales? Ambos te engañan con promesas falsas y encanto fingido. Y mientras yo no engañé a nadie definitivamente me encargué de superar las reglas de mi propia astucia.

Regla 1: tus enemigos son mis enemigos.

“Luchemos por nuestro lugar y para demostrar que aunque territorio luz nos haya tratado como escoria, unidos venceremos a nuestro verdadero enemigo”, terminé mi discurso en el escenario frente a los habitantes de noche y como era de esperarse aplaudieron con furor y esperanza.

Lo único que necesitan es una causa y un enemigo común. Darles algo por qué luchar y echarle la culpa a alguien de su situación actual... Típico de los humanos. Manipular a alguien astuto es complicado mas no imposible, manipular a alguien desesperado es más fácil que arrebatarle un dulce a un bebé.

Con una sonrisa de triunfo me dirigí dentro de la villa presidencial buscando a mis fieles espías, entrando en la sala de póker los encuentro discutiendo por el juego.

— Y una mierda que perdí yo soy mejor que ustedes y no necesito de un juego inmaduro para demostrarlo — exclama Lucifer (soberbia) con un tono de superioridad.

— Esto es una pérdida de tiempo podríamos estar descansando en vez de tener que escuchar a Lucifer ladrar como perra en celo porque se le amargan los limones si alguien le gana en algo —contesta Belfegor (pereza) bostezando y con la cara recargada en una de sus palmas.

— ¿En celo dices? Ay que eso no es lo que tu piensas, pero dame unos minutos y te enseño como quitarlo —se une Asmodeo (lujuria) con un tono insinuante moviendo las cejas de arriba hacia abajo haciendo una mueca de besito.

— Bueno, está decidido entonces, el dinero lo guardaré yo —exclama Mammon (avaricia) con los ojos llenos de furor mientras comienza a guardar el dinero que previamente se encontraba en el centro de la mesa al alcance de los demás jugadores.

Leviatán (envidia) lo mira de reojo con una mueca de celos y resentimiento mientras que Belial (ira) se para frente a Mammon (avaricia) que trataba de escapar con el dinero en bolsas y lo agarra de los pies poniéndolo bocabajo y sacudiéndolo bruscamente haciendo que todo el dinero caiga al piso.

— ¡¡Qué haces Belial tremendo mastodonte!?! ¡apártese de mi dinero bestias! —grita Mammon (avaricia) llegando casi al temperamento de Belial (ira).

Belial ofendido y enfurecido por haber sido llamado bestia avienta con fuerza a Mammon contra la pared bufando por la nariz y con los puños apretados.

— Vaya, me pregunto si será así de brusco para todo —dice Asmodeo (lujuria) guiñando un ojo.

Rodando los ojos ante lo infantiles que son me doy la media vuelta murmurando entre dientes lo inmaduros que son. Pensarías que siendo demonios estarían proponiendo estrategias para vencer a los insufribles de territorio luz en vez de atacarse cual gatos y perros.

Sin perder más el tiempo me dirijo a mi oficina y comienzo a planear mi siguiente paso para asegurarme

que el único enemigo que mi territorio considere como objetivo de destrucción sea luz, no será tan complicado considerando que lo único que yo hago es fomentar el crecimiento del odio enterrado en lo más profundo de sus vacíos corazones oscuros.

Territorio luz vive por la regla de que si haces algo que te haga no digno de la bondad de un ángel serás desterrado a territorio noche, sí... somos el “purgatorio”.

Destruir un imperio completo no es tarea de algunos días, pero debilitarlos definitivamente será más fácil, bien dicen por ahí que la inteligencia siempre vence a la fuerza bruta y da la casualidad que yo tengo de ambas y de sobra.

## Capítulo 2. POV Freya

Cabeza en alto, hombros atrás, espalda recta... Dominancia.

Intimidar a tu gente viene útil para que no te vean la cara de imbécil, pero hacerte ver inalcanzable y apático impedirá ese sentimiento necesario de dependencia hacia un líder. Necesitas que tu gente busque un guía en ti, alguien empático que pueda ver por ellos y entienda su situación compartiendo similitud en metas o lamentos. Dales una esperanza de lo que más desean y se colgarán de ti como saco en perchero.

Piel grisácea, vestimenta negra y un permanente gesto de enojo reflejado en el entrecejo es lo que caracteriza a los habitantes de mi territorio. No siempre fueron así, la intolerancia de los ángeles jodió a mi gente con el reflejo de su interior humillando el exterior, aquí no existe el típico “las apariencias engañan” lo que eres por dentro lo



reflejas por fuera.

Sin embargo, yo soy superior, mi conocimiento es superior y así tomando el control de mi cuerpo mantuve mi apariencia fraudulenta, una mujer peligrosa es aquella que tiene control absoluto sobre sí, y eso le reflejo a mi pueblo y a mi cuerpo, me creo capaz, engañosa y astuta y eso soy.

Saliendo de mi habitación me dirijo hacia la entrada cuando escucho un estruendo en la cocina, ante la posibilidad de un intruso saco la cuchilla que reposa a diario en mi talonera, me quito los tacones y lentamente me acerco a la puerta de la cocina maldiciendo cuando la puerta grita con vejez al abrirse.

Me recibe la vista de alguien agachado aventando especias e ingredientes fuera del refri y enseguida sé a quién enfrento.

— Belcebú, ¿se puede saber qué significa todo este desorden? —interrogo recargada sobre el marco de la puerta con una mano en la cadera y una ceja alzada.

Sobresaltado Belcebú (gula) suelta un ruido similar a un gáñido y se gira rápidamente tirando más ingredientes a la vez.

— ¡Freya, patrona, es un caos! ¡Es terrible, moriremos todos! —grita llegando hacia mi sacudiéndome por los hombros bruscamente.

— ¿Qué pasa Belcebú hay algún intruso? —pregunto con compostura, lista para atacar y sintiendo esa rara conmoción en el pecho a la mención de un posible castigo.

— ¡Peor, no hay comida patrona! —dice comenzando a hiperventilarse.

Soltando un bufido incrédulo señalo a todos los in-

redientes del suelo.

— ¿Y eso qué te piensas tú que es?

— Pero patrona eso no está listo, tardaría mucho en convertir todas esas especies y carnes en algún platillo decente y el hambre me pone de malas —dice con lo que parecería desesperación.

— Cómete a uno de los prisioneros del calabozo —digo sin importancia y rodando los ojos.

— Un manjar no se compararía con uno de esos sucios moralistas, aparte patrona uno nunca sabe dónde han estado —expresa con una mueca de asco.

Negando con la cabeza varias veces lo empujo por la cara lejos de mí e ignorando sus protestas salgo de la cocina hacia el pueblo donde será la feria anual de nuestro territorio. Llegando me quito el saco y enseño mi vestimenta toda negra cual funeral regalándole a mis súbditos mi sonrisa mejor practicada.

Me tomo fotos con bebés, niños, aliento al pueblo y participo en actividades típicas de territorio noche tales como la caza, ponle la cola al ángel y la mejor crítica. Riéndome con mi gente me gano su afecto cada vez más, voy tan lejos hasta de hacer plática con algunos escondiendo un poco de política tras la plática casual y por último destruyo más sus paredes compartiendo detalles que ellos piensan me hacen vulnerables. Compartir una pena les dará un mayor sentimiento de comodidad y libertad en cuanto sus actitudes conmigo encendiendo así una chispa de confianza subconsciente.

Al término de la feria regreso a casa, me paro frente al espejo remplazando la máscara de sonrisas falsas que porté toda la noche por una mueca maliciosa y pronto

caigo en brazos de Morfeo sabiendo que cada día estoy un paso más cerca de la dominancia total.

Regla 2: sé mujer de y para el pueblo.

### Capítulo 3. POV de Freya

Regla 3: marca tu movimiento.

Todo buen líder simboliza su lucha, ya sean los nazis con esvástica o los *hippies* con el signo de la paz. Ahora me tocaba a mí, a mi territorio digno de una representación tan poderosa y mórbida como su gente, lástima que la tiranía y el diseño no se van mano en mano.

Con la mente en blanco miro la cartulina frente a mí tan pálida como mi piel, dos horas, dos horas de pensar con “ayuda” de mis demonios no solo internos pero también mis espías y nada más que tontería dignas de cada uno han sido propuestas.

— Ya he dicho que mi idea es mejor que la suya ínfimos demonios incompetentes, la patrona dijo “poder” y qué mejor que mi impecable rostro inigualable para representarnos...

—Competencia no tiene —exclama Lucifer sacando el pecho levitando un poco tratando de parecer más alto y superior que nosotros aun estando sentados.

Belial suelta un gruñido y comienza a apretar los puños, su rostro tomando un tono carmesí apenas aguantándose las ganas de lanzar a Lucifer de vuelta al infierno.

— ¡NO!” —escupe Belial rompiendo la mesa de un puñetazo al escuchar que Lucifer continuaba parloteando sobre su supuesta superioridad.

— La comida siempre es el camino, un delicioso pla-

tillo animado quedará perfecto, hasta la patrona que es bien amargada disfruta un buen plato de comida —exclama Belcebú con la boca abierta enseñándonos a todos su bocado de frituras ocasionando que pequeños pedazos de comida con saliva vuelen al brazo de Asmodeo.

— Mira que a mí todo me parece atractivo e invitador, pero eso ha sido asqueroso —dice Asmodeo haciendo volar de nuevo el pedazo de comida de un capirotazo haciendo que caiga en la frente de Belial.

Todos tensamos esperando la reacción del último. Belial, como era de esperarse, se para de la silla aventándola y rompiéndola en el proceso y comienza a corretear a Asmodeo por la habitación.

— ¡Venga guapo que me gusta que me persigan pero no así! —exclama Asmodeo corriendo con velocidad fuera de las garras de Belial.

Unos minutos después la cara de Asmodeo se ilumina y como si se le prendiese un foquito echa una sonrisa maliciosa y en vez de correr lejos de Belial comienza a correr hacia él, todos anonadados por la acción seguimos ambas figuras con la mirada.

Asmodeo al alcanzar a Belial, se trepa en él y comienza a dejar pequeños besos por todo su rostro, Belial más enfurecido por la acción lo avienta lejos de él y con una mueca de lo que parecería entre asco y miedo toma su distancia de Asmodeo y se esconde detrás de un dormidísimo Belfegor.

— ¡Basta! ¡Me tienen harta con sus niñerías! —exclamó con enojo dando un manotazo tan fuerte a la mesa ya partida, que Belfegor se despierta de un salto y mira a sus alrededores con un poco de saliva escurriéndose de su

boca y marcas de la mesa por todo su rostro—. Ustedes están aquí para ayudarme a mí y para que logremos sacar este territorio de su miseria deberíamos pe... —me interrumpe un toque a la puerta

— Disculpe la interrupción patrona Freya pero hemos capturado un traidor, se encuentra en el calabozo —ante las palabras del guardia una sonrisa se posa en mi rostro sabiendo exactamente lo que está por pasar.

Saliendo de la habitación sin una sola palabra más hacia mis demonios me dirijo al calabozo.

#### Capítulo 4. POV de Freya

Carmesí, líquida y con el don del balance entre la vida y la muerte... sangre.

Sangre mancha mis manos y se escurre hasta mis antebrazos manchando el colchón en el que me encuentro reposada, el sudor recorre mi frente y como todas las veces anteriores no recuerdo cómo he llegado ahí, tengo la idea recordando hasta llegar al calabozo a ver al traidor y de ahí... nada.

Soltando un suspiro y con pasos temerosos me acerco al baño para ver el espejo, igual que las veces anteriores “UMBRA” escrito con la misma sangre que mancha mis manos, eso y la falta de heridas indicando que no es mía.

Como si alguien se hubiese apoderado de mi cuerpo... mi propio demonio. En busca de respuestas, bajo las escaleras con rapidez hasta llegar al calabozo para encontrarme con el cadáver del traidor de anoche, a diferencia que ahora está empañado de heridas hechas por

mi propia mano.

Un espía, eso era este traidor que compartía información con los ángeles a cambio de un buen trato por abandonar el territorio donde de verdad pertenece, ¿Que por qué lo maté? La caída de muchos imperios y líderes ha sido por algo tan simple como descuidarse de la persona que menos lo esperarías como Judas a Jesús, Caín a Abel entre muchos otros en la historia, si no sabemos historia estamos destinados a repetir sus errores y caídas.

En una batalla tan codiciada como lo es la vida se vive por el mantra de “matar o morir”, o por lo menos yo lo hago. Ante cualquier sospecha de amenaza ataco y es o a mi manera o nada, lo que nos vuelve a la importancia de establecer dominancia.

Un garabato bajo el cuerpo llama mi atención y con dificultad lo muevo, una sonrisa de oreja a oreja se posa en mi rostro al ver el símbolo trazado con el líquido carmesí del que mis manos estuvieron previamente pintadas.

Este.... Este será nuestro símbolo.

## Capítulo 5. POV Freya

Ajedrez... un juego de astucia y reflexión.

El rey, designado a ser la ficha más poderosa dentro de algo tan simple como un juego siempre puesto para superar a la reina. Pero aquí mando yo, y en este tablero la reina es más poderosa.

La ficha del rey partida a la mitad reposando horizontalmente con la ficha de la reina eclipsándola, ese sería el símbolo de mi reinado, donde en algo tan simple como un juego decido recalcar mi dominancia e influencia.

Con el símbolo grabado en mente y nublada por mi orgullo fallo en notar la presencia de un guardia designado a deshacerse de los traidores y la mueca de preocupación posada en su rostro.

— Patrona Freya, e...este es un ángel —dice señalando el cuerpo.

Anonadada por sus palabras me giro rápidamente a ver algo que previamente no había registrado, ahí en la espalda del cadáver reposaban unas alas magistrales blancas con gotas de sangre salpicadas como si fuese obra de arte por Hans Memling, colorido y atroz.

Esto significa que matamos uno de los suyos, un infiltrado designado por los de territorio luz pretendiendo ser uno de los nuestros pasando información. A pesar de que territorio luz dirigido por ángeles se reina bajo el comando de paz y puridad los ángeles pueden ser bastante agresivos cuando se trata de uno de los suyos, cuando noticias de que su infiltrado fue brutalmente obligado al lado de los muertos querrán “atacar” de regreso, pensarías que los ángeles serían seres puros e inocentes, pero simplemente son seres con el balance gris de actos y emociones con el que nacemos todos, solo son capaces de ocultarlo.

Lo sé, esto será inevitable... pero también será el momento perfecto.

Regla 4: elige el momento perfecto de atacar.

Unos días habían pasado y las noticias de una posible guerra se habían esparcido más rápido que la plaga, mi territorio estaba listo para la lucha, la lucha que nos sacaría de la escoria y nos llevaría a la cima de la cadena.

Sin embargo existía miedo, pues una guerra entre simples humanos y un ejército entero de ángeles no era

exactamente la definición de justo. Tendríamos el apoyo de algunos demonios, entre ellos los siete infantiles de mis demonios y algunos cuantos que se ocupaban por su territorio de vez en cuando.

## Capítulo 6. POV de la autora

El caos que acompañó los meses de guerra estuvieron nulos de misericordia o piedad, territorio noche atacó sin remordimiento con un hambre por libertad y venganza desesperados por salir del lado mórbido y entrar al lado que tanto habían romantizado sin saber que al poseer liderazgo sobre este lo mancharían del mismo sentimiento y aura que tenía su propio territorio, pues no era el lugar que hacía a los habitantes de lado luz felices, eran las mismas personas que por haber sido escogidos por los ángeles decidieron crear un lugar digno de su nombre y que te haría enamorarte de tu vida.

Al momento de la guerra varios demonios surgieron desde lo más profundo del infierno al ver la posibilidad de gobernar ambos lados y convertirlo en un mundo digno de terror.

Freya dejó que “UMBRA” hiciera de las suyas y nublada por el deseo de ver territorio luz con un río de sangre “pura” corriendo por sus calles, olvidó sus reglas y perdió el control permitiéndose actuar sin un plan.

Todos los días regresaba a su palacio con las manos pintadas del tono carmesí al que tanto furor le había tomado y como máquina se despertaba y repetía la rutina de quitarse a quien se le pusiera enfrente.

Un día como los últimos Freya se levantó por la mañana lista para la cacería de ángeles y moralistas. Con



arma en mano salió hacia la frontera que previamente había dividido ambos territorios y con una sonrisa siniestra dibujada en su pálido rostro caminó como si fuera reina del mundo que según sus planes lo sería pronto.

Antes del comienzo de su liderazgo Freya acordó con los demonios que ella siempre estaría al mando y lideraría a su gente al éxito, así sellando su destino con el mismísimo diablo. Con esto en mente Freya caminaba por lo que parecía un pueblo fantasma, pues después de tantas semanas había acabado con más de la mitad de la población de territorio luz.

La sonrisa que previamente estaba dibujada en su rostro se borró al ver el infestadero de demonios por doquier. Normalmente esto la hubiera hecho bailar de felicidad pues serían ayuda extra, pero esta vez no solo tenían en cadenas a los de territorio luz que al haber cometido tantos pecados tratando de salvar sus vidas había apagado la luz que los ángeles habían considerado lo suficientemente valiosas por salvar y proteger, sino que también su gente estaba siendo encadenada y tratada como prisioneros. “Tiene que haber un error”, pensaba Freya tratando de invocar la vocecita por el nombre de UMBRA que siempre le había contestado y susurrado las maldades que más tarde cometía por lo que a ella le gustaba creer era un bien común para su gente.

Alertada por el imprevisto corrió hacia uno de los demonios desconocidos y demandó respuestas que no recibió. Sus siete “fieles” demonios aparecieron tras de ella y desesperada pidió explicaciones.

— Nunca te has de fiar de un demonio Freya, firmaste no solo tu futuro sino el de tu gente, nos has dado

permiso de atormentar a todo ser que ponga pie en este mundo. Los demonios tenemos el mando ahora —exclamó Lucifer.

— ¡Entonces gobernaré junto a ustedes, yo tengo un demonio dentro de mí! —dicho esto comenzó a gritar con desesperación y miedo de sufrir el mismo destino frente sus ojos “¡UMBRA! ¡UMBRA!”.

Pero al final nada pasó, esperó y esperó, fue tan lejos hasta de hacer una pequeña incisión en su mano para ver el líquido carmesí por el que UMBRA enloquecía y... nada.

Sus siete demonios rieron maliciosamente.

— ¿No te das cuenta Freya? Tú nunca has tenido un demonio, esa voz que escuchas no es nada más que tu insanidad manifestándose, pero claro digna de cualquier humano ha sido más fácil culpar a alguien por tus pecados que admitir que el verdadero monstruo siempre has sido tú. UMBRA... eres tú —susurró Lucifer en su oído dejando atrás una estupefacta Freya.

Y así todos los humanos sin importar a qué territorio pertenecieron previamente se vieron encadenados al demonio del pecado que habían cometido sin importar cuan pequeña la ofensa.

Mammon amarraba a sus humanos con fuertes cadenas hechas de dinero que les dificultaba el movimiento, tenían el dinero a un pelo de distancia, mas nunca lo usarían y solo sería un peso que cargar.

Belcebú hacía que cada que uno de sus humanos que comiera hasta la más pequeña de las frutas se inflara como si de una persona obesa se tratara, saciarían su hambre, pero al costo de sentir vergüenza al inflarse y el

que todos supieran lo que eso significaba.

Lucifer obligaba a sus humanos a andar en zancos con púas que atravesaban sus pies cada que caminaban, así viéndose más altos y “superiores” pero al costo de un dolor indescriptible.

Asmodeo ató a sus humanos con una camisa de fuerza obligándolos a mirar su mayor tentación física y sexual a la cara, tan cerca pero nunca lo suficiente.

Belfegor ante la más mínima presencia de cansancio en sus humanos asigna el doble de tareas y trabajos que tengan que realizar dentro de su vida cotidiana.

Belial ante el más mínimo sentimiento de molestia presente en sus humanos prenderá una llama en su cuerpo que los dejará cubiertos por esta. No estarán lastimados ni dañados por el calor que emita la llama, pero la gente a su alrededor en el momento de ira lo estará en caso de no alejarse con permanencia.

Leviatán con una pequeña chispa de deseo hacia algo obligará a ver a sus humanos como la persona a la que más resientan lo obtiene como regalo.

Y así la pequeña Freya, como castigo por su ambición, fue obligada a pasar el resto de su vida en un manicomio rodeada de demonios con apariencia humana que le dirán que el mundo nunca fue dividido, que ella no es y nunca será más que una niña arrojada al camino de la insanidad solo acompañada por la vocecita que sin más, le da cuerda a la cajita de Pandora que le da el regalo de conocer a UMBRA (UMBRA = la palabra nos viene del latín *umbra*, sombra).



# Akuali

*Carlos Gael Escobarete Ávila*

Querido hijo:

Espero leas esto cuando el tiempo aún no se me haya escapado de las manos. Y aún no hayas llegado allá. Para que no continúes, hijo, nada más que eso.

Y si ya estás en el pueblo, dios nos bendiga, toma todas tus pertenencias y deja esa promesa atrás. Porque de promesa no tiene nada, ni de augurio, ni de futuro, únicamente azufre. Azufre y hierro.

Anoche miré por mi azotea, más allá del cerro que nace en la tierra y muere en el cielo, y casi creí que pude atisbar al pueblo. Mi pueblo, y que espero no sea de nadie más. Froté mis ojos y se desvaneció a la pura agitación, pero es seguro que sigue allí, observándome por las noches, escrutando mi rostro arrugado por los sustos y los sustos. Y creo que ahora te observa a ti.

Es difícil despegarse de las cosas. Abandonar el último goteo de vida de mi hermano. Pero en la gracia de Cristo, uno debe evitar el lugar donde atestan los mercaderes. Porque uno nunca podrá correrlos. No así. Tu tío Romo.

Hace veinte años estuve allí con la misma emoción. Desparramando ilusión y aventura. Esperando probar las

calles y recorrer los rincones. La misma emoción que tú tienes ahora. Mi hijo. Y el cielo era rosado, entintando todo a su paso: las casas, los mercados, el centro. Y me decía que era libre.

Nacho en ese entonces lanzó un dos de tréboles. O una A de trébol. No lo veo bien ya.

Mi hermano, tu tío, bebía sin saber que era su cruz. Al tiempo que yo escuchaba a los retoños de Nacho retozar, contando uno para hallar al otro. Y aquello lo recuerdo porque permanece en mí la imagen de los quejidos, los sollozos, las desolaciones...

Al final el silencio.

— ¿Y estos?

— ¿Estos?

— Estos.

Y aún le pregunto, cuando me siento solo, por qué lo escogió a él. Tan solo un niño. Y Caitzin lloraba. Nos azoró y nos preguntó por su hermano. Que dónde se había escondido. Dónde.

Una puerta semiabierta, el aire asomaba la mano por el picaporte. La ausencia en el umbral. Un bolero triste.

— ¿Dónde está?

— No sé.

— ¿Dónde está Abelardo?

— No sé.

— ¿No sabes?

— No sé.

Tuvimos que cerrar todo. Las puertas, las ventanas, inclusive la taza de baño. No vaya a ser la que vaya a ser, me dijo mi hermano mientras se aguantaba las ganas de llorar. Yo también lloraba, hijo, pero no de pena, de miedo.

Caí rendido. Rendido al frío que helaba cráneos, rendido a los gritos estridentes de Caitzin, rendido al dolor. Rendido ante dios.

Sobre mi hombro se conserva el peso de su mano. La mañana siguiente. Cuando el sol prometía. Fuimos al centro del pueblo por insistencia de tu tío. ¿Y Nacho? Ya verás. ¿Y los niños? Ya verás.

Un tumulto. Casi quinientas cabezas. Dos cruces. Una pareja. Nacho con una antorcha. El hierro. Un desmayo que nadie notó. Una sentencia de la que nunca nadie se enteró. Y ahora te lo cuento a ti, hijo.

Desperté en casa. Hacia la que ahorita vas, si no es que ya has llegado. Sobre mi vista la bruma llenaba. Y tu tío no volvería hasta la noche burlona y borracha. Ojo por ojo, diente por diente. Me dijo. Ellos fueron. Los del pobre Caitzin, ellos fueron. Ellos lo mataron.

Me diviso volviendo al centro. La ausencia de la ausencia. Como si el tiempo no transcurriera. Lo único que siempre se conserva es el olor, el olor a azufre.

- ¿Vendrá al rato?
- ¿Disculpe?
- A la próxima sentencia.
- ¿A quién?
- A vuestra merced.

*Un hombre ingresa en el hogar. Busca a tu tío y yo lo busco. Me siento en el sillón del otro cuarto mientras los escucho conversar. Treinta pesos, hijo, tan solo treinta pesos.*

Cuando volví a ver a Caitzin tenía una marca enorme alrededor del ojo. Purpurea. Y ya no hablaba. Creo que nunca más lo volvió a hacer.

Eran las noches tan solitarias y tan llenas de gente. Arrumbado en mi habitación, escuchaba a la gente del centro gritando, eufórica. Para cuando el hedor a alcohol me llegaba, ya sabía que todo había terminado. Por esa noche.

— ¿Cuánto cree usted que sea apropiado?

— ¿Qué edad tiene?

— Ocho.

— Treinta.

¿Sabías que allí ocupan espantapájaros? Aquella mañana me encomendó tu tío. Cámbiales las cabezas porque ya han de andar requete podridas, por favor. Y yo fui. Con esperanza. Con la idea de que, quizá, este era el inicio de la promesa. Esa por la libertad.

Traía en cada brazo una calabaza. Y no sé qué sonido me llegó antes. Si el de las calabazas estrelladas, el de los cuervos sacando ojos o el de mi grito que ensordecí luego luego.

*A su propia hija. Su hija. A la que vio crecer. A esa la planeaba vender. Y yo me puse como que muy heroico, quería hacer algo. Pero muy en el fondo supe que esto era común. Que las cosas así eran y que uno se debía tapar los ojos.*

Y ya nunca volví. Ni siquiera me despedí de mi hermano. Lo dejé tendido en la banqueta, embadurnado en alcohol y saliva. El cielo dejó de ser rosa porque para cuando caminé, notando al sol recién nacer, me fui en tonos de grises.

Me alegra que te la haya dejado. Pero no paro de pensar que estuvo mal. Que quizá las maldiciones se heredan y nunca mueren. O soy yo el supersticioso y se me pegó algo de ese lugar.



¿Y por qué la vende, pues? Escuché. Es una bruja.

Y si en dios aún hay un trocito de esperanza, vuelve. Porque allá no hay nada que te convenga. Ni promesas, ni aventura, ni deseos, ni pasiones. Solo dolor y desesperanza.

Y le pido perdón, le pido mi más grande perdón por no tener el valor para prevenirte. Pero solo dios sabe que no me ibas a creer, pero el silencio nunca sobrevive. Deseo, ruego, que leas esta carta antes. Que te dé por revisar el interior de tu mochila. Y la veas.

Hay algo que se oculta en las alcantarillas de este pueblo escondido. Algo que está más allá de mí y de ti. Pero que nos involucra a todos. Que nos encierra en una catástrofe de libertinaje. De nostalgias pasajeras.

Porque allí se guarda todo el mal que uno no es capaz de imaginar. Allí lo imaginan por uno. No des un paso más al laberinto y vuelve a tu hogar, lejos de allí, donde el cielo no es rosa, pero es azul.

— *Hermano.*

— *No vuelvas.*

— *¿Hasta cuándo?*

Pienso en Abelardo y en Caitzin. *En las brujas.* Pienso en las cabezas, en los espantapájaros. *En las brujas.* Pienso en la niña. *En las brujas.* Pienso en el anciano y las sentencias. *En las brujas.* Pienso en dios y sus lágrimas de azufre. *En las brujas.* Pienso en ti, hijo. *Y en las brujas,* que nunca he visto, pero que dicen que son la causante de todos los males.

Pero yo sé bien que no son solo las brujas. Es la maldición. La maldición de una tierra que nunca nadie se dignó en curar. La tierra que los ángeles no destruyeron. El pueblo que olvidó Dios.

Por eso date la vuelta, hijo, y no vuelvas. No vuelvas a Akuali.

— *Jamás.*

# La Pluma

Telma Delajara D'urso

*Dicen que la Pluma perteneció primero al famoso comerciante Marco Polo, quien la adquirió en la China imperial del siglo XIII. A quién se la compró no se sabe, Polo nunca la mencionó e incluso la mantuvo en un secreto total, bajo llave, con tal de evitar que se la robaran.*

*El segundo dueño conocido de la Pluma fue el explorador chino Zheng He, quien la robó en uno de sus viajes al actual Vietnam. El por qué nadie lo tiene claro y ha pasado demasiado tiempo para encontrar alguna evidencia. Lo único que se pudo encontrar fue desechado hace mucho tiempo y luego fue tragado por el mar, hundiéndose en la espuma.*

*La Pluma, entonces, ha pasado de un comprador a otro, ha sido robada y ha sido perdida por cientos de años hasta que alguien más se dedicaba a encontrarla y a utilizarla a su favor. Muchas personas afirman que la Pluma tenía el poder de traer a alguien de regreso a la vida o mandar a alguien a la muerte con solamente escribir su nombre, pero la forma de realizarlo no queda del todo clara, pues variaba en el tipo de papel y de letra para obtener resultados positivos. Es un gran poder para poseer.*

*Actualmente, se cree que la Pluma se encuentra en el continente americano desde la conquista en los diferentes*

*países, pero nadie está muy seguro de eso, ya que su rastro se extravía y es difícil encontrarlo: finalmente, es una pluma, algo muy fácil de perder.*

\*\*\*

El reloj de alarma sonó en el buró y retumbó en sus oídos. Frotándose los ojos con tal de sentirse un poco más despierta, Camila se para, se viste y se va a desayunar como cualquier otra mañana. Una vez que está lista, se dirige a la escuela a pie y en silencio, perdida en sus pensamientos. Peleando contra el sueño por no haber dormido nada por el libro de la noche, que había estado demasiado interesante como para no seguir, trata de poner atención en clase hasta el final del día, agotada por la monotonía diaria. Mientras come con el resto de los miembros de la casa, un gran temblor sacude la ciudad, provocando que todos salgan corriendo al aire libre y todo se detiene. Fue como si la tierra misma hubiera dado un salto y después se hubiera congelado en el aire de lo fuerte que se sintió.

Camila miró a su alrededor, pero nadie se movía en absoluto. Incluso el temblor parecía haber terminado y las cosas que antes estaban cayendo estaban atrapadas en el aire. Lo único que se movía, además de ella, era una niña que la veía fijamente, como si quisiera llamar su atención y Cami decidió hablarle, pero cuando se acercó, la niña salió corriendo, por lo que ella la siguió. La falda vestido verde y azul saltaba con cada paso que daba.

De vez en cuando, la niña dejaba de correr y volteaba, esperando a Cami que la seguía muy de cerca y no la perdía de vista. Después de un rato que parecía eterno,

llegan al frondoso bosque, donde las hojas de los árboles también parecían haberse congelado en el aire y una ardilla que estaba saltando de un árbol a otro parecía un dibujo en el paisaje.

A medida que avanzaban, Cami empezó a sentirse cada vez más cansada, como si la gravedad la estuviera jalando hacia el piso hasta que cayó de rodillas en la tierra. Quedándose con los ojos cerrados un momento, respiró suavemente y se preguntó por qué había hecho lo que había hecho. No tenía razón para seguir a la niña y no tenía razón para estar ahí. Una vez que estuvo lista y ligeramente descansada, se levantó del sucio piso, buscando a la niña que había desaparecido. Sin embargo, en el último lugar donde la había visto, entre dos piedras, había una pluma de gel negra cuya apariencia era completamente normal y parecía haber sido comprada en el supermercado. Pensando en que le sería útil tener una pluma de repuesto y ya que no había nadie reclamándola, la toma y regresa a casa. Cuando pisa el lugar donde todo se había detenido en primer lugar, todo regresa a la normalidad y la gente entra a sus hogares hablando tranquilamente del temblor, agradeciendo que nada se había caído.

\*\*\*

La primera vez que Cami usó la Pluma fue una semana después del temblor, ya que había olvidado su estuche en la mochila y la maestra de laboratorio no la dejó salir a buscarlo, por lo que sacó el repuesto del bolso de su suéter y escribió con ella todos los datos: nombre de la práctica, materia, maestro y a su equipo. Al día siguiente

te, la maestra no fue a la escuela, por lo que tuvieron clase libre y nadie se preocupó por absolutamente nada, pues todavía no era época de exámenes y nadie tenía que adelantar ningún trabajo. Cami ni siquiera se dio cuenta de la relación entre la Pluma y la ausencia de su maestra y del resto de los miembros de su equipo, quienes parecían haberse esfumado sin dejar rastro alguno en el aire.

Como la maestra nunca apareció de nuevo y los compañeros de Cami tampoco se mostraron, las clases se cancelaron con tal de que la policía entrevistara a todas las personas que podrían tener una conexión con los desaparecidos, pero nunca los encontraron y después de tres meses abandonaron la búsqueda y se regresó a la normalidad anterior, solamente con cinco personas menos. Hasta este momento nadie sabe qué pudo haber pasado y la policía ha dejado sin terminar el caso.

De regreso a la escuela, la gente se movía incómoda, notando la tensión mutua existente. Era evidente que los desaparecidos pertenecían a esa escuela por lo que para protegerse muchas personas dejaron de ir a trabajar, a estudiar y algunos incluso se mudaron de la ciudad con tal de alejarse del peligro. Mucha gente se volvió muy supersticiosa y los que ya eran se volvieron locos.

A medida que pasó el tiempo, la gente dejó de preocuparse acerca de los desaparecidos y de a poco se regresó a lo que podría considerarse una cotidianidad, ya que no volvió a haber una situación similar al respecto y Cami no volvió a escribir ningún nombre con dicha Pluma durante ese tiempo.

El año escolar terminó, empezó el siguiente y todo estaba olvidado. Los desaparecidos se sumaron a la lis-

ta interminable que jamás sería resuelta. La cantidad de personas en la escuela había aumentado por tener un gran nivel de educación en todas sus áreas y por el privilegio del acceso directo a la universidad del distrito en donde simplemente era necesario presentar un examen del área de interés y aquellas personas arriba del 60% de aciertos recibían una beca completa y aquellos con menor calificación simplemente tenían que realizar un semestre de nivelación el cual era accesible para toda la población que deseaba estudiar. Es por eso que muchos se mudaron de regreso ignorando la vocecita interna de la razón.

Ese año fue un gran año para Cami, ya que se lució en todas las materias correspondientes y reflejó su capacidad intelectual, la cual, acorde a los tutores y maestros, eran un ejemplo a seguir. Esto dio lugar a que la universidad empezara a ubicar a Camila como alguien con gran potencial para formar parte del campus. Sin embargo, ella no tenía ese propósito y cuando se graduó con honores, en lugar de aceptar las ofertas universitarias se fue a Londres a pasear, a conocer y a trabajar, ya que todavía no estaba segura de qué estudiar.

\*\*\*

La segunda vez que Camila utilizó la Pluma fue al momento de firmar el contrato para trabajar en una cafetería, escribiendo el nombre del local, el nombre de su jefe y su propio nombre además de la fecha de inicio del trabajo en cuestión. Unas horas después la esposa del jefe reportaba su desaparición mientras que el local mismo

estallaba en llamas, eliminando todo rastro y provocando la muerte de las personas encargadas del turno de noche.

Cami no era tonta y empezó a ver una relación entre su uso de la Pluma y las personas involucradas, pero no le dio importancia creyendo en esos momentos que era una simple coincidencia y que nada más tenía muy mala suerte eliminando cualquier relación con lo supernatural. Sin embargo, solo para asegurarse, dejó de usar la Pluma, guardándola en un cajón que no usaba y que por lo tanto no volvería a abrir.

Los días pasaron y la Pluma estuvo escondida, como muchas veces antes, sin ser utilizada y Cami trató de olvidarse de ella, utilizando otras fuentes para escribir lo que debía con el propósito de evitar cualquier problemática posible. Pronto, pudo encontrar otro trabajo y continuar con su vida en Londres.

\*\*\*

Largos meses después, en los que Cami ganó suficiente como para comprarse una casa propia para poder mudarse del departamento que compartía con seis personas más, le permitieron realizar una limpieza material y eliminar todo aquello que no usaba, así como donar y tirar lo que correspondía. Durante esos días volvió a encontrar la Pluma, que parecía estar en tan buenas condiciones como el primer día. Creyendo que era un delito dejarla para que cualquier persona pudiera utilizarla a su favor y queriendo evitar algún tipo de problema legal, decidió llevarla con ella y enterrarla, de ser posible, en el lugar más recóndito de la tierra.



Con ese nuevo propósito, partió de su nueva casa y, con el dinero ganado se dedicó a recorrer Europa y a buscar un lugar lo suficientemente seguro para que nadie pudiera encontrar la Pluma.

El primer lugar al que se dirigió fue París, por el simple hecho de que le interesaba la ciudad y quería conocerla, ya que nunca había ido antes. Las expectativas eran altas y esperaba que fueran correspondidas con tal de disfrutar del viaje, siempre que, por supuesto, no olvidara las verdaderas razones de dicha visita. Primero fue al hotel, donde se registró, desempacó y descansó un rato para poder tener toda su atención en la búsqueda. En lugar de dormir toda la noche durmió un par de horas y luego se puso a leer en su teléfono.

Al día siguiente despertó con buenos ánimos y con grandes ganas de investigar la Ville Lumière. Primera parada: la Torre Eiffel, el lugar más visitado y típico pero que también tiene una vista impresionante: realmente saca el aire al estar ahí arriba y permite una buena primera impresión en general. Durante el día se dedicó a visitar el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos y la Catedral de Notre Dame, que disfrutó y se entretuvo muchísimo. A medio día se compró una baguette en un puesto de la Rue Mouffetard, le puso carnes frías dentro y disfrutó de un muy buen sándwich en la calle, entretenida con el viaje en sí.

Los días que siguieron fueron muy interesantes y divertidos, ya que se alejó de lo turístico y se dedicó a buscar calles poco comunes, tratando de encontrar un escondite. Cada vez que encontraba alguno, tomaba fotos del área para mantener un registro sencillo y fácil de acceder.

Poco a poco, empezó a obsesionarse con París y con la Pluma, cayendo en el hechizo que muchos antes habían tratado de pelear y fallado. La única diferencia era que la obsesión de Cami trataba de deshacerse de la Pluma, mientras que los antiguos dueños la habían utilizado por la fiebre de poder sobre otras personas. En cualquier caso, nadie dejaba de pensar en ella. A pesar de la ambición de Camila, alguien iba a encontrarla en el futuro ya que la Pluma iba en contra de cualquier ley y lógica definida, lo que significaba que, por mucho que Cami llegue al centro de la tierra y quemé la Pluma en un calor agonizante, esta maldita Pluma iba a encontrar, de alguna forma u otra, su camino a la superficie. Pero eso, por supuesto, no aparecía en ningún manual y Cami no tenía forma de saberlo.

A medida que avanzaba por Alemania en Überlingen y Frankfurt, por España en Madrid y Pamplona, por Suiza en Constanza y por Italia en Roma y Venecia, fue encontrando casas abandonadas, pueblos casi vacíos y posibles lugares en los que esconder la Pluma, pero ninguno le pareció muy convincente y al final, después de casi un año de viaje, de gastar todos sus ahorros y pedirle apoyo económico a su familia para los últimos tres meses, regresó a Londres a trabajar de nuevo, con gran conocimiento del mundo pero también con la misma Pluma que había inspirado todo ese viaje en el bolsillo.

Cami siguió con su vida cotidiana sin ningún otro incidente, investigando sobre las pocas leyendas de la Pluma y tratando de averiguar qué se podía hacer con ella. La usaba, es cierto, pero siempre cuidadosamente para evitar escribir algún nombre real, ya que simplemente había dado por hecho que todo era una leyenda y que los casos

que había presentado solamente habían sido una coincidencia. Por supuesto, cada leyenda tiene un atisbo de la verdad y es por eso que durante ese tiempo, mucha gente desapareció inesperada e indefinidamente, pero las noticias no llegaron a oídos de la portadora de material tan peligroso, por lo que ella no paró de escribir.

Eventualmente, la Pluma se quedó sin tinta y terminó en el basurero, como cualquier otra pluma de plástico estos días cuando cumple el propósito, pero esta Pluma, al contrario de cualquier otra, no debía haberse acabado. Debería haberse mantenido en perfecto estado como dice su leyenda en lugar de acabar de esa forma.

Pero ocurrió. Se acabó la tinta y la Pluma dejó de ser la Pluma. Es posible que ese haya sido el plan inconsciente de Cami, que simplemente tenía que utilizarla hasta que se acabara y que lógicamente dejaría de significar un peligro para la sociedad. También es posible que Cami nunca haya creído en la relación directa de las desapariciones y la Pluma simplemente la haya considerado una pluma normal y tratado como tal hasta que esta cumpliera, como ocurrió, el simple propósito de una simple pluma: escribir.

De cualquier manera, la Pluma tuvo un ciclo de vida extenso, pero como fue usada sin el propósito de destruir ni crear, sino simplemente para la libre expresión de las ideas, eventualmente, como a todas las cosas, se le acabó el tiempo.

Cami, después de eso, decidió estudiar Filología Clásica, que es el análisis de textos griegos y latinos, traduciéndolos y complementando con contextos históricos, culturales y de literatura. Estudió en Londres, ya

que había decidido establecerse ahí y después de cuatro años se graduó con un gran promedio. Se podría decir que el bloqueo sobre la decisión de la materia de estudio la estaba provocando la Pluma y, cuando logró deshacerse de ella de la forma más inusual posible, se liberó y pudo continuar con la vida que realmente quería.

\*\*\*

*Esa es la historia de la Pluma, que será recordada pero que, haga lo que se haga, ya no será encontrada.*



UNIVERSIDAD  
IBEROAMERICANA  
CIUDAD DE MÉXICO



FUNDACIÓN JUAN RULFO, A. C.



SISTEMA  
UNIVERSITARIO  
JESUITA